

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

AÑO III.

MADRID.—Martes 8 de Octubre de 1872.

NUM. 811.

CRONICA PARLAMENTARIA.

Con gran concurrencia de diputados se abrió la sesión de ayer tarde, concurrencia ocasionada en primer término por la importancia suma de los debates que comenzaban con motivo de las enmiendas al mensaje de contestación, y en segundo término por la misiva que el señor presidente había enviado a cada uno de los señores diputados, lamentándose de la falta de asistencia y de que se vería en la precisión de levantar la sesión, caso de que los señores diputados no asistiesen puntualmente a las dos.

Léida el acta de la anterior, dióse comienzo a las preguntas, siendo las de mayor importancia la dirigida por el Sr. Mathet al gobierno acerca de los sucesos ocurridos con motivo de la manifestación de comerciantes e industriales verificada el domingo y sobre los que nada dice la Gaceta.

El Sr. Mata pidió al señor presidente le dejase usar de la palabra para contestar a la pregunta del Sr. Mathet, toda vez que el gobierno no estaba presente para contestar, y puesto que su honra estaba en ella comprometida como gobernador que es de Madrid; pero artículos del reglamento se oponían sin duda a acceder al deseo del Sr. Mata, toda vez que el señor presidente no pudo concederle el uso de la palabra.

El Sr. Ulloa preguntó al gobierno si sabía la situación anómala en que se encuentran varios carlistas, que a pesar de haberse acogido al convenio de Amorebieta, están sin embargo detenidos y procesados. El gobierno brillaba por su ausencia, y no pudo por lo tanto ser contestada la pregunta del Sr. Ulloa; y ya que de la ausencia de los ministros hablamos, bueno será rogar al presidente del Congreso que envíe un recado de atención al ministro para que sea puntual, pues de poco sirve que los diputados acudan temprano a las sesiones, si no pueden ser contestados en sus preguntas.

Dióse cuenta de la renuncia de la comisión permanente de actas, fundada en que, después de la votación relativa al acta de Villacarrillo no creía merecer la confianza de la Cámara; pero unas sentidas frases del Sr. Saulete y otras vehementes del Sr. Rivero convencieron a la mayoría, que prorumpió en coro, aclamando a la comisión y desechando la renuncia.

Nosotros creemos que la comisión de actas ha recibido una satisfacción, que debe continuar su cometido, y sobre todo, que debe procurar dar inmediatamente dictamen sobre las actas pendientes. La contestación al mensaje debe votarse en breve, y no hay razón ni justicia para privar a verdaderos diputados de su derecho por cuestiones de etiqueta, que nada tienen que ver con los intereses en las actas.

Terminados estos incidentes, dió principio la discusión de contestación al mensaje con la enmienda de nuestros amigos políticos, que conocen nuestros lectores, siendo el encargado de sostenerla y defenderla nuestro respetable correligionario el Sr. Jove y Hevia, el cual ha añadido en la sesión de ayer un nuevo lauro a los que justamente lleva conquistados.

El Sr. Jove ha hecho un análisis exacto, y perfecto de la situación, del gobierno y de los partidos; ha manifestado lo que debe ser un rey; lo que debería ser una república, si la república fuera siempre dirigida por hombres rectos y entendidos como Orensé, Pí y Margall, Figueras y Castellar; tratando con severidad y rigidez las cuestiones de doctrina y con templanza, decoro y cortesía las que se rozan con las personas, lo cual está muy en los hábitos del orador moderado.

El Sr. Jove y Hevia ha recorrido uno por uno todos los puntos que abrazaba la enmienda, desenvolviendo sus principios y su aplicación a los puntos objeto del debate: ha tratado asuntos relativos a nuestras relaciones exteriores: ha tratado de las relaciones de la Iglesia con el Estado; la

cuestión de quintas y la de Hacienda con gran canal de datos y con superioridad de conocimientos, entreteniéndole agradablemente al Congreso por espacio de mas de hora y media, resumiendo y concluyendo con la demostración de que no hay felicidad posible, ni gobierno estable sin la aplicación de nuestras doctrinas y el imperio de la legitimidad verdadera, de que es representante D. Alfonso de Borbon.

El desenvolviendo de la doctrina relativa a la monarquía verdadera, fundada en la tradición y el derecho, y de la monarquía constitucional, en que se funda la libertad moderna, fué hecho con gran lucidez y habilidad por el digno individuo de la minoría moderada, por todo lo cual le felicitamos cordialmente.

Aantes de que la comisión contestase al Sr. Jove y Hevia, se levantó el Sr. Presidente del Consejo de Ministros y manifestó su deseo de que quedase satisfecho el señor Mathet en su pregunta sobre los acontecimientos de que anteaer fué teatro la capital de España con motivo de la manifestación del comercio contra los nuevos impuestos municipales.

Notamos en este asunto cierta irregularidad, que vamos a indicar.

El Sr. Ruiz Zorrilla manifestó su deseo de que diese las explicaciones el gobernador de Madrid, que es a la vez diputado. Este procedimiento tiene graves inconvenientes en la discusión y falsea en parte el sistema constitucional. En el Congreso no hay gobernador civil, aun cuando sea de Madrid. En el Congreso hay ministros responsables, únicos que deben asumir los actos de sus subordinados.

El Sr. Mata es antiguo adalid en las lides parlamentarias; pero francamente, ayer no oímos al democrata, sino al conservador. Las doctrinas que espuso las puede aceptar el moderado mas recalcitrante. Entendiendo los derechos individuales como los entiende y los esplica el Sr. Mata, ya se puede gobernar con la Constitución democrática de 1869.

Se nos figuraba estar oyendo a un discípulo del Sr. Alonso Martínez cuando decía el Sr. Mata: los manifestantes impedían circular a los ómnibus de la compañía del Tram-vaí, atacando un derecho por el abuso en el ejercicio de otro derecho.

Hé aquí pues la limitación: hé aquí la necesidad de que sean legislados los derechos ilegales y no abren una vez la boca los señores demócratas que no sea para clavarse en el pecho el puñal de la inconsecuencia.

El Sr. Mathet replicó con sequedad. Aseguró que como comandante de la Milicia debía de ser el escándalo que trajo consigo el motin. Todos estos síntomas acreditan que hay mar de fondo, ya en las entrañas de la situación, ya en los elementos revolucionarios, ya en palacio: son síntomas de papelito.

Después de este intermedio volvió la interrumpida discusión del mensaje.

El Sr. Comas fué el que contestó a nuestro amigo el Sr. Jove.

El Sr. Comas es un catedrático insigne de la universidad, muy versado en las cuestiones mas complicadas de derecho, y la Cámara le oyó con agrado.

El Sr. Comas saltó del paso lo mejor que pudo; pues no basta tener conocimientos y facilidad de palabra para salir airoso en una discusión. El señor Comas sostenía principios que parece pugnan con sus conocimientos y hasta con su manera de ser; y por eso quizá no se veían en el orador de la mayoría ni los arranques ni el entusiasmo que producen las causas nobles. Se nos figura que el señor Comas es poco revolucionario para el papel que desempeña.

Hoy se discutirá la enmienda del Sr. Garrido, y con esta enmienda habrá bastante para la sesión, sino se atraviesa alguna proposición sobre la manifestación de los comerciantes, asunto que no ha quedado del todo ventilado.

LA LONGEVIDAD.

Se empieza a temer con fundamento por la preciosa longevidad del Congreso: se sospecha que va a morir defraudando las mas risueñas esperanzas: hay síntomas fatales que anuncian la descomposición de la mayoría y que no tardará en oírse el toque de fagina, señal para el desbandamiento de la hueste ministerial. El gobierno está que no le llega la camisa al cuerpo, porque ha observado ya mas que lo que hubiera querido observar acerca de la tibieza ó veledad de los nuevos diputados, y porque ve, observa y presiente otras cosas que en todo le hacen pensar menos en vivir a gusto y morir de viejo.

Se habla de intrigas de la monja, aunque no se dice qué monja sea; pero los ministeriales sospechan algo y aseguran que los conservadores intrigan y esperan subir al poder por medios anti-parlamentarios: el Sr. Ulloa los trae muy inquietos, porque habla italiano, lengua que ningún radical entiende, aunque han tratado bastante con italianos. Creen de buena fé que el emplazamiento hecho por un periódico de esa fracción no se ha hecho a humo de pajás, y que el está ya convencido y pronto pedirá recado de escribir. El Sr. Ruiz Zorrilla, en vista de ciertos desengaños y de que le abandonan los jóvenes que nadie conocía, empieza a pensar seriamente en la conveniencia de morir a la puerta de Palacio, ó en ir a Tablada a vivir tranquilo y libre de sinsabores.

Y que le abandonan los jóvenes de la mayoría es indudable: ha habido ya dos síntomas tan significativos como desconsoladores: el banquete de los Dos Océanos y la sesión del sábado, sin contar con otros que se advierten dentro y fuera del Congreso: Aquella unión que tan oportunamente recomendaba el Sr. Ruiz Zorrilla, cuando por vez primera vió los nuevos diputados, y aquel entusiasmo de que hablaban con ponderación los diarios ministeriales, ni han existido mas que en la apariencia y eso por muy pocos días, ni es posible que se consigan ya después que se ha advertido la desunión y falta de fé y de armonía en las regiones superiores.

Nada sucede, nada se hace, nada se dice que no sea indicio seguro de próxima y general descomposición. Los ministros, aunque otra cosa se diga en contrario, no pueden avenirse entre sí, ni entenderse con las Cortes: estas no tienen confianza en el ministerio, ni le muestran adhesión ni cariño personal a ninguno de sus individuos. Los mismos diputados se zahieren los unos a los otros, y no reparan en comprometer gravemente el prestigio del gobierno. Ayer mismo, uno de los diputados se levantó para increpar al gobierno y a sus delegados con motivo del motin de anteaer, y el gobernador civil, diputado de la mayoría, es objeto de las carcajadas y de las burlas de la misma mayoría al dar cuenta de lo ocurrido y de su conducta durante y después de los sucesos.

Por su parte, el Sr. Ruiz Zorrilla, incomodado y mohino, se niega a dar explicación alguna, desairando a la mayoría en la persona de uno de sus individuos, y censurando de paso y no con suavidad al mas caracterizado de los periódicos que todavía se atreven a defender a tal gobierno y tal situación. El diputado que denunciaba el hecho de haber sido insultado por las turbas, cuando iba al frente de su batallón de voluntarios de la libertad, merecía, siquiera por este carácter y por la gravedad del hecho, que no era otra cosa que un insulto a todo el batallón, que el Sr. Ruiz Zorrilla, por su carácter de ministro de la Gobernación, y como tal, jefe superior de todos los batallones de fuerza ciudadana, hubiese dado una respuesta satisfactoria, aun cuando mas no hubiese sido que para deplorar el suceso, elogiar la prudencia del comandante que no quiso promover un conflicto, y para prometer que serían castigados los culpables.

En cuanto a *El Imparcial*, que tiene la abnegación de defender al ministerio y defenderle con

tanta constancia como habilidad, bien merecía haber sido tratado con menos dureza y no haber sido objeto de censura precisamente a causa de haber vuelto por los fueros del gobierno, presentándole a los ojos del público como incapaz de consentir en que queden impunes tales atentados ni el orden público a merced de las turbas desenfreñadas. Entusiásmese *El Imparcial* y cante las alabanzas de quien así paga sus servicios y corresponde a sus esfuerzos.

Tales son las armonías de la situación: tal la unidad de miras y la unión de las personas. Fijando la atención en lo que sucede entre los ministros, entre estos y las Cortes, entre los mismos diputados y entre el gobierno y la prensa que le defiende, se puede repetir, con aplicación al caso, aquello de: «Daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él...» porque ya se está viendo que la situación por dentro es una general y encarnizada guerra civil.

Después de esto, háganse los pronósticos que se quiera acerca de la longevidad del Congreso: por lo sucedido se comprende que tiene mas que suficiente para pasar mas pronto que lo que se cree a la historia de los Congresos fugitivos. Será una lástima, porque era un Congreso que prometía; y será doble lástima, porque si muere pronto, no podrán darse a conocer aquellos de quienes el señor Rivero decía que no los conocía nadie en los distritos por donde habían sido elegidos diputados.

Y todo induce a suponer que va a durar muy poco, aun hallándose bajo la salvaguardia de una necesidad constitucional. Porque llegará un día dentro del período de los cuatro meses necesarios, en que sea necesario prescindir del Congreso y traer otro que haga bueno al actual, como éste lo está haciendo a los anteriores. Quedarán sin discutir los proyectos, pero en cambio habrá algunos sábados, de los que tan célebres se hicieron en la legislatura pasada, y que por sí solos son mas que suficientes para hacer amable y muy querido el sistema parlamentario de los radicales.

No puede ser, se dirá: las Cortes han de durar cuatro meses, porque de lo contrario se infringe la Constitución. ¡Gran reparo! La Constitución se parece ya a la capa del mago, que estaba llena de agujeros, de los cuales cada uno había sido una casualidad: la Constitución está ya llena de casualidades, y por una mas ó menos que se advierte en su arrogante vestidura, no hemos de tenerla en menos ni dejar de proclamarla sagrada é inviolable. No diremos que el actual Congreso no haya de dejar larga memoria; pero de ahí a que alcance larga vida, hay mucha diferencia.

CUBA Y EL ACTUAL MINISTRO DE ULTRAMAR.

Con este título ha publicado el Sr. D. Antonio G. Llorente un extenso folleto, nutrido de buenas doctrinas é inspirado en el mas sano patriotismo, cuyo objeto es combatir los proyectos del actual señor ministro de Ultramar, por considerarlos hijos del buen deseo, pero producto al mismo tiempo de la inesperecia, y resultado de cálculos erróneos.

El autor, antes de entrar en materia, advierte que sus observaciones obedecen a su propia inspiración, y que de cuanto en el opúsculo se dice, de cuantas ideas contiene, se declara él solo responsable, para evitar cuantas dudas pudieran ocurrir sobre el particular.

El Sr. Llorente divide su trabajo en varios capítulos, cuyos epígrafes bastan para dar a conocer su importancia y oportunidad.

Título el primero: *Las Colonias y el ministro de Ultramar.*

Este primer cuadro, que podemos llamar expositivo, presenta la magnitud de los problemas que hay necesidad de resolver en las colonias; la situación especial y peligrosa en que se hallan por el espíritu de rebelión que las anima, y la *experiencia*

cia práctica y personal adquirida en esos países que debe tener el que en circunstancias tan críticas, toma sobre sí la inmensa responsabilidad de salvarlas ó de perderlas.

«Salvar nuestras provincias ultramarinas, dice el Sr. Llorente, es curar sus dolencias de hoy, de modo que el medicamento no produzca *irremediable enfermedad* en lo futuro, y asegurar su unión a la madre patria sin destruir su vigor y su riqueza.»

«Perderlas es llevar a su seno gérmenes de ruina que destruyan en mas ó menos apartados días su vitalidad y sus fuerzas productivas, ó que traigan su posible segregación del cuerpo nacional.» El dilema es terrible, y bien merece del sumministro de Ultramar la atención que el autor del folleto consagra a examinar si los medios que por aquel se emplean pueden evitar la catástrofe ó han de acelerar la ruina.

Los empréstitos, en concepto del Sr. Llorente, son en tésis general el recurso de la impericia ó de la imprevisión. *El empréstito cubano*, hecho sin necesidad y sin previsión alguna, participa en mayor escala, atendido el origen y la naturaleza de la deuda cubana, de los inconvenientes de los demás empréstitos, es el cáncer que mina la vida económica de los pueblos.

La deuda nacional en Cuba reconoce por origen: la impremeditada é inútil expedición a Méjico, paseo militar sin objeto y sin resultado, que nos costó algunos millones, que no teníamos, y que el Banco español de la Habana prestó al gobierno; la desastrosa anexión de Santo Domingo, que nos costó raudales de sangre y de oro, saliendo también de las arcas del Banco de la Habana, aumentando el descubierto con él en la misma proporción que disminuyó nuestra importancia en América; y por último, los incalescibles y cuantiosos sacrificios que en cuatro años de insurrección se ha impuesto la isla de Cuba, emitiendo el Banco, para sufragar los gastos de la guerra, billetes en préstamo al Estado con la garantía de la propiedad agrícola, la propiedad urbana, el comercio y la industria de la isla, sin la garantía de España, y siendo por consiguiente los acreedores del Estado deudores solidarios con él.

Es decir, que en esa emisión, como en el actual empréstito, los capitales enbanos corren la misma suerte que la Antilla; su realización ó su pérdida dependen del éxito de la guerra.

Al examinar la naturaleza de la deuda, el señor Llorente encuentra que se ha cometido un gravísimo error en considerar obligación provincial ó colonial la que por su origen debe ser española, como lo fué la deuda contraída para terminar la guerra civil, para emprender la guerra de Africa y para cualquier otra atención de interés nacional.

No debe, pues, ser ni llamarse *deuda de la isla de Cuba*, sino deuda de España, y como tal, garantizar los billetes que hoy la representan, y en cualquier otro caso, los títulos por ella se emitan. Esta medida respondería, al mismo tiempo que a una idea de equidad, a una idea de alta prevision política; porque crear una deuda provincial es, en el concepto del ilustrado autor del folleto, sentar la primera piedra de la *autonomía colonial*, y la autonomía de Cuba conduce forzosamente a la independencia.

Entrando ya a examinar bajo el punto de vista económico el plan del ministro de Ultramar, el señor Llorente pone de manifiesto los graves errores que contiene y la imposibilidad material de su realización que, en último caso, produciría en la isla de Cuba una crisis monetaria de suma trascendencia.

Esta parte del folleto está basada en la inflexibilidad de los números, cuya elocuencia es indestructible.

La posibilidad y aun la probabilidad de que los billetes del empréstito cubano vayan a parar a manos de los Estados Unidos, sugieren al Sr. Llorente una serie de patrióticas consideraciones, que de

FOLLETIN.

EL CAMINO DE LA DICHIA.

Por Mr. R. MARCEL.

(Continuación.)

—Os creo, y espero que Dios ha de concederos sus divinos auxilios, contestó René, cuyos ojos centelaban de santa alegría. Cuando mi padre y yo nos quedemos solos en esta gran casaca, que por desgracia sera muy pronto, pensaremos en que dos personas que nos son muy queridas están separadas de nosotros por cumplir cada una de ellas con su respectivo deber; pero todas las noches nos encontraremos reunidos por la oración al pie del crucifijo grande que habeis visto ya, á donde quizás vendreis vos tambien á arrojarlos aluzn día.

—¿Y no me olvidareis de aquí á entonces? ¿Os hallareis siempre fiel á este amor que ahora empieza, á unos recuerdos que serán ya antiguos cuando llegue ese día á que aludís?

—Si, contestó la jóven conmovida; me uniré á vuestro recuerdo como la yedra se une á esa estatua de Dios, que tenéis delante de vos; en la soledad no olvida uno tan fácilmente como en medio del bullicio del mundo. Sed fuerte, Alberto, seguro de que yo seré constante; estos son nuestros respectivos papeles.

Y los jóvenes siguieron hablando aun un rato de su amor y de mil y un proyectos, hasta que llegó el momento de la marcha.

Alberto, después de una amarga despedida, fué perdiendo de vista poco á poco el tejado de la casa del vizconde, y se halló en medio del camino real de París.

CAPITULO XI.

EN PARÍS.

Veinticuatro horas habían transcurrido desde las escenas que acabamos de referir, cuando Alberto, latien-

dole el corazón con tal violencia, que parecía querer salirse del pecho, se apeó del carruaje en la calle de Du phot, y como á mitad de ella. En cuanto supo que su tío se encontraba en casa, echó á correr escaleras arriba, dejando á la portera con la palabra en la boca, por mas que la pobre mujer se desahicaba en cumplidos y saludos, y sin contestar siquiera á la pregunta que aquella le había hecho respecto á cómo le había ido en el viaje. Necesito joven quería terminar cuanto antes aquella crisis fatal, y no podía sufrir que se le pusiera el menor obstáculo para conseguirlo; semejante en esto al que, doliéndose las muelas, se irrita contra el dentista al verle buscar con calma en el estuche el instrumento mas á propósito para hacer la operación. El campañillazo que dió Alberto fué tal, que despertó al buen Girard, que, como vulgarmente se dice, acababa de quedarse un poco traspuesto en una de las elegantes butacas de terciopelo de su cuarto.

—¿Qué diablos campanillas así? exclamó el pobre hombre mientras la criada salía á abrir al que llamaba. ¡Calla!... ¡Es mi sobrino! Ya está entendido el misterio. La alegría, la precipitación, la... ¡Peio, hombre! Bien podías haberme escrito en vez de venirme á sorprender de esta manera. Pero no me acordaba yo ahora de que era preciso venir á París á hacer las compras necesarias. ¡Vamos á ver! ¿Cuándo es la boda, venturoso mi sobrino?

—En primer lugar, permitidme que os dé un abrazo; luego hablaremos mas despacio sobre el particular.

—¡Ah! ¡ah! Hé aquí un joven tan modesto que se avergüenza de ser dichoso, y que la nuestra trabajo hablar de ello; ¿quién lo había de decir? Sin embargo, hé aquí que han transcurrido ya seis semanas sin que yo haya tenido el gusto de ver dos letras de este señ rito, que ha querido saborear su felicidad descausadamente, y que no ha tenido á bien perder un cuarto de hora para darme parte de sus victorias. Pues bien; ya que no me has escrito, es preciso que ahora hables. Así, explícame monos y hablemos de amor, sin olvidarnos de los negocios, de intereses. Dime, para empezar, qué tal son las encinas de la Journalière, y cuánto pueden valer.

—Con respecto á este último punto, no tengo ninguna idea exacta, mi amado tío; solo sé que son muy hermosas, y que hay algunas que tienen hasta metro y medio de circunferencia.

—Mucho mayores me las había pintado la vida de mi amigo Richer; pero, así y todo, pueden aceptarse. Lo que me admira es que tú no te hayas tomado el trabajo de adquirir algunos datos mas positivos sobre su valor con relación á las necesidades del país y á la posición de la finca. Esto es lo que sucede cuando uno es joven, y cuando no se piensa en otra cosa que en la novia; obra uno como un atolondrado, dándosele tanto de lo sólido como del descortamiento de América. Los buenos ojos, sobrino, no le han el bolsillo á nadie; para tenerlo repleto se necesita algo mas que eso.

—Tú, dió Alberto temblando un poco la voz porque veía acercarse el momento decisivo; quizás soy muy culpable, pero no por la causa que vos creéis; de todos modos, recamo vuestra afectuosa indulgencia.

El ex-hilander, un poco alarmado al oír aquel exordio patético, abrió bien el oído y se recostó en el respaldo de la butaca con el rostro serio y la mirada severa, metiendo al mismo tiempo las manos en el bolsillo del gabán para espresar con aquella posición de interrogatorio su impaciencia y su curiosidad.

—Voy á contaros todo en dos palabras, mi querido tío; dió Alberto tratando de echarlo á broma para darse á sí mismo un poco de valor. Este joven que estais viendo delante de vos no es César victorioso cargado con el botín de su amor y de sus conquistas; es un pobre fugitivo que viene avergonzado de su mala suerte ó de su falta de gusto. Yo he burlado vuestras mas halagüeñas esperanzas, mi buen tío; no he tenido suficiente habilidad para llevar á cabo vuestros proyectos. Vos me habéis dicho: «¡Anda, mira y vence!» He ido, he visto, y... no he vencido.

—¿Qué significa todo ese galimatías? ¿Te han dado calabazas?

—No, señor; no es eso, contestó Alberto bajando la cabeza; lo que hay es... que yo me he venido.

—¡Ah! Tú... te... has... ve... ni... do, repitió Francisco Girard acentuando cada sílaba con una solemnidad que no presagiaba nada bueno. ¿Y cuáles la razón de esto, si no me equivoco?

—La razón... (pero, sobre todo, os ruego que no os incomodéis), la razón es que yo no puedo decidirme á ser esposo de la señorita Olimpia.

Al oír estas palabras, Francisco Girard se puso en pie, como si hubiese sido impulsado por una batería eléctrica, y con la vista centelleante y el cuerpo un poco inclinado, permaneció unos cuantos segundos antes de formular esta pregunta:

—¿Con que no puedes decidirme á ser esposo de la señorita Olimpia? repitió, haciendo todo lo posible por contener su ira. ¿Y quisiera saber por qué?

—Porque no podría amarla nunca.

—¡Ah! ¡Nada podria amarla nunca! ¿Quién será capaz de comprender semejante majadería! ¿No poder amar á una jóven de veinte años, bonita, bien educada, que posea ciento cincuenta hectáreas de bosques soberbios, y por añadidura un magnífico palacio! Entonces ¿á quién vas á amar?

—No lo sé, tío; quizás no tenga yo razón, pues veo que mis palabras os irritan; pero no puedo variar de resolución sobre este punto.

—Pero ¿qué es lo que quieres, sobrino tres veces tonto? ¿Una muchacha con ojos y collares de brillantes, que baile como Taglioni, que cante como un ruiseñor? ¿Qué mujer es la que tú necesitas? ¿Una duquesa...? ¿Una princesa rusa...? ¿Quién eres tú para pedir semejantes gollerías?

—Yo reconozco en la señorita Olimpia todas las cualidades de que vos me hablais, y otras mil que quisiera atribuirle, contestó Alberto un poco pálido. Es hermosa, es rica, elegante; canta como un jilguero, y toca el piano como un maestro al cembalo; es divina, si os place, pero yo no la quiero. Casaros vos con ella si os conviene.

—Y si yo me casase con ella, ¿qué diría mi sobrino el filósofo?

—Diría: «Dios proteja á mi tío el temerario!»

—¿Y no os avergüentais, señorito mal criado, de darme semejante respuesta, de hacerme unas insinuaciones tan pueriles? Os prometo que de esto ha de resultar mucho malo para vos. Si á la señorita Richer no la asustan mis cincuenta mil francos, si me presta su ofrecimiento mi mano y mi bien repartida cartera, ver-mos quién de nosotros dos será el que se ría con mas gracia.

—Poco á poco, tío, yo no he insistido nada dió Alberto con insistencia. Yo aprecio todas las cualidades de la señorita Olimpia, incluso su gran dote; pero yo no aceptaré jamás ni en mano ni sus brazos, porque para poseer ambas cosas, tendria que sacrificar mi felicidad, que vale mucho mas.

—¿Y en dónde hallais vos esa felicidad, señor insensato?

—La hallo en la unión de los corazones, en la simpatía de los caracteres; en el amor puro y confiado, que hace olvidar las amarguras y contemplicas los gases de la existencia. Creedme, tío; para ser dichoso no es preciso comer perdices trufadas diariamente, ni oír las melodías de Rossini todas las noches.

El hombre puede ser muy desgraciado llevando la vida que acabo de bosquejar; muy pobre, aunque tenga centenares de hectáreas de bosques, y aunque en su parque crezcan muchas encinas de dos metros de circunferencia. He visto que, al menos para mí, no consiste la verdadera dicha en ninguna de estas cosas. ¿Queréis que os diga ahora en dónde la he hallado?

—Decidlo, caballero; el descubierto no puede menos de ser muy interesante.

—Pues bien! la he hallado en una casa vieja muy arruinada, cuyas paredes van desmenuzándose diariamente, cuyos tejados de pizarra van quedándose poco á poco sin ninguna. Allí me aguarda la dicha, al lado de un hogar antiguo, en medio de una familia piadosa y venerada; allí me sonríe en los ojos de una jóven que no tiene ni un palmo de tierra, ni una sola encina, pero cuya virtud y hermosura ennoblecen á una reina.

(Se continuará.)

ben tenerse muy en cuenta, a medida que la política absorbente de aquella república y la codicia nunca desmentida de poseer, por cualquier medio y a cualquier costa la mas preciada de nuestras Antillas.

Después de examinar la cuestión bajo este delicado punto de vista, con la sobriedad que su naturaleza reclama, pero al mismo tiempo con la valentía y la franqueza que su patriotismo le sugiere, el autor del opusculo dedica los demás capítulos a examinar *Los plazos del empréstito, el mal que se deplora; influencia que tendrá el empréstito en la baja de las letras de cambio y precio del oro; y razón de la diferencia entre el oro y el billete, desaparición de los valores circulares; inconstitucionalidad del empréstito; lo que conviene en la cuestión económica y los partidarios del empréstito*, cuyos epígrafes indican la importancia de las cuestiones que el Sr. Llorente desenvuelve, con gran copia de datos y razones, con profundo conocimiento práctico y personal de los asuntos coloniales y con una lucidez y una convicción dignas de todo elogio.

De las premisas que en su folleto asienta, el señor Llorente deduce esta serie de consecuencias:

Que el señor ministro de Ultramar, a pesar de sus desvelos y de los consejos que ha recibido de la prudencia, ha concebido y mandado llevar a la ejecución un planteamiento desgraciado;

«Porque esas soluciones no son suficientes para atajar peligros, sino ocasionadas a producirlos en adelante»;

«Porque ha llevado hoy el desencanto a los que confiaban en su acierto, y para día mas o menos lejano una amarga disolución a los que hoy no ven el daño probable para el porvenir»;

«Porque ha convertido una deuda nacional en deuda provincial, que es un error en política»;

«Porque ha creado una deuda de 60 millones de pesos con interés de 8 por 100, para amortizar otra de 50 millones sin interés, que es un error en Hacienda»;

«Porque ha rechazado una deuda interior, sustituyéndola con otra que será exterior, que es un error de gobierno»;

«Y porque ha impuesto a una de nuestras provincias de Ultramar un gravamen oneroso que antes no tenía; sujetándola en su vida política a las eventualidades de su Hacienda, cual si fuera un país autónomamente regido; que es un error trascendental para aquellos pueblos».

Bien merece la gravedad de estas conclusiones que examine el folleto del Sr. Llorente quien ha aceptado la tremenda responsabilidad de aplicar remedios, que el autor del folleto califica de empíricos, a males que entrañan nuestra existencia como nación; más todavía, nuestra honra, la integridad nacional.

Creemos que el solo hecho de iniciar estas cuestiones es un gran servicio al país y que el Sr. Llorente lo ha prestado muy meritorio abriendo ancho campo a la discusión, ilustrándola con sus observaciones y combatiendo con elocuente energía todo lo que ha considerado digno de censura en el decreto del señor ministro por juzgarlo perjudicial a los intereses de España.

Aun es tiempo de enmendar errores, y el patriotismo debe estar por encima del amor propio de los hombres y de los partidos políticos.

MANIFESTACION ANTIPACIFICA.

La que tuvo lugar el domingo concluyó como el rosario de la Aurora. Excepto paz, hubo en ella cuanto pudiera desearse; trancoso seco, pedrada limpia, silbidos estridentes, mueras espresivos, heridos y contusos, autoridades ausentes, agentes de orden público deshechos, artilleros magullados, el principio de autoridad rotando por el suelo, el de insurrección elevándose a las nubes, el orden público huyendo desparavido y el motín enseñoreándose triunfante en la capital de España.

Un período de ayer da cuenta de lo ocurrido en los siguientes términos:

«Abria la marcha el de ultramarinos, precedido de un precioso estandarte de terciopelo negro, en el que se leía con grandes letras doradas: «Gremio de ultramarinos».

A esta seguía el de vinos, precedido tambien de un estandarte encarnado, en cuyo fondo se leía la siguiente inscripción: «Protesta general contra el acuerdo del ayuntamiento sobre portadas, escarpates, cortinas y muestrarios».

Después seguía otro, llevando delante un magnífico estandarte de raso blanco con franja de terciopelo y fleco de oro, en cuyo centro se leía: «Bajo el impuesto sobre portadas y cortinas».

Seguidamente iba el gremio de carboneros con un estandarte de tela negra, en cuyo fondo, con grandes letras blancas, campeaba la inscripción: «Gremio de carboneros».

Y, finalmente, dos grandes estandartes de percalina encarnada y amarilla cerraban la manifestación, leyendo en ambos: «Bajo el impuesto».

Serian las tres y cuarto, próximamente, cuando la manifestación llegó al ayuntamiento, ocupando por completo la plaza de la Villa, el trozo de la calle Mayor comprendido entre el gobierno civil y la calle de Ciudad-Rodrigo y las calles adyacentes.

Pocos momentos después, una comisión compuesta de varios individuos de los diferentes gremios que allí figuraban entró al despacho del alcalde popular, señor Ponte, a quien espuso el objeto de la manifestación, rogándole al propio tiempo informara bien el recurso de alzada que pensaba elevar ante la diputación provincial.

El Sr. Ponte, en breves y meditas palabras, respondió a la comisión que el ayuntamiento de que era presidente, no podía hacer nada en lo referente al impuesto, toda vez que era un acuerdo de la junta municipal.

Espuso la triste situación económica por que estaba atravesando el ayuntamiento, la imperiosa necesidad que este tenía de arbitrar recursos para llenar cumplidamente sus servicios, razon por la que creía que la junta municipal habria buscado ingresos que respondieran a tan considerables gastos, y terminó rogando que se disolviera con orden la manifestación, puesto que nadie mas que el comercio de Madrid estaba interesado en su conservación.

El presidente de la comisión dió las gracias al señor alcalde primero por la afectuosa acogida que le habia dispensado, rogándole al propio tiempo se interesara en el recurso de agravios que dirigian a la diputación provincial.

Los individuos que componian la comisión bajaron a poner en conocimiento de los respectivos gremios a quienes representaban el resultado de su cometido, consiguiendo que se retiraran tranquilamente a su casa.

Únicamente dos gremios, que si mal no recordamos

ra uno de ellos el de vinos y el otro el de carboneros, no se mostraron sin duda satisfechos con las explicaciones dadas por el alcalde popular a los individuos de la comisión, y retrocedieron a la plaza de la Villa, con el propósito de penetrar en el municipio.

Como les fué impedido esto por los guardias que custodiaban la entrada, se situaron con sus estandartes frente a la puerta principal, obligando con descomulgadas voces a que se presentara en el balcón el alcalde popular.

Así lo hizo éste en efecto; pero, aunque intentó hablar diferentes veces, no pudo hacerlo, porque las atronadoras voces de los que estaban en la calle ahogaban la suya, teniendo que renunciar a su propósito.

Igual suerte le cupo al ex-concejal del ayuntamiento Sr. Santos, que tuvo que retirarse del balcón, sin lograr que su voz fuera escuchada.

Momentos después comenzó a sentirse gran agitación en los numerosos grupos que estaban estacionados en la plaza de la Villa.

Una pareja de guardias de orden público, que salió del ayuntamiento para desalojarlos, fue objeto de las iras de aquellos, siendo ferocemente apaleado y herido. La agitación fué tomando incremento y se declaró en brutales agresiones contra los guardias que custodiaban la puerta de entrada del municipio.

Con este motivo el señor alcalde popular dispuso que se cerraran las verjas, lo que sin duda habia de irritar mas los ánimos de los amotinados, puesto que comenzaron a arrancar piedras, que lanzaban contra aquella autoridad, concejales, guardias y cuantos se encontraban en el portal.

Mas de hora y media duraron tan feroces agresiones, a las que acompañaban terribles amenazas y descomulgadas voces y silbidos.

A las cinco y media salió del ayuntamiento el alcalde popular, acompañado de varios concejales con dirección al gobierno civil, recibiendo dicha autoridad en el trayecto una pedrada en el costado izquierdo, que le privó algunos instantes la respiración.

Desde aquella hora, y comprendiendo que ya no hacian nada en la plaza de la Villa, se dirigieron los alborotadores al gobierno civil, donde, repitieron sus agresiones contra la guardia de dicho edificio, que recibió con gran resignación las pedradas, insultos y amenazas que la propinaban aquellas desenfrenadas turbas.

El señor gobernador dispuso se hiciera el despejo por los guardias de orden público, lo que logró llevar a efecto no sin grandes esfuerzos, pues las turbas parecían que tenían propósito de no abandonar muy pronto su actitud.

A las seis y media llegó un batallón de la fuerza ciudadana a la plaza de la Villa, el que, en unión de los guardias, logró restablecer completamente la calma.

El brigadier de ejército Sr. Carmona, como jefe de la fuerza ciudadana, se presentó en cuanto tuvo noticia del suceso al señor alcalde popular, dictando inmediatamente disposiciones que produjeron excelentes resultados.

Varios guardias y otras personas mas recibieron contusiones mas o menos graves, de que damos cuenta en otro lugar.

A las siete la calma habia sido restablecida, y solo algunos curiosos permanecían en el sitio donde momentos antes se habia representado una de esas escenas que reprobaba todo país civilizado.

La censura contra el gobernador de Madrid que publica en su artículo editorial *El Imparcial* de ayer, contiene tambien detalles y apreciaciones del suceso, que merecen ser conocidos de nuestros lectores.

Hé aquí los párrafos que mas se destacan en el artículo del colega radical:

«Cuando ya se creía todo pacíficamente terminado, dice, los grupos que se habían ido situando en la plaza de la Villa empezaron a silbar y a gritar «abajo el ayuntamiento»; las demostraciones tomaron inmediatamente un carácter tumultuoso, que fué agravándose por momentos.

La voz de las autoridades populares que se presentaron en el balcón para arengar a los grupos, fué desoída y cubierta por los gritos y silbidos; los comisionados de la manifestación encargados de mantener el orden, y que se presentaron tambien en el balcón, no tuvieron mejor éxito; la manifestación del comercio habia terminado; el motín empezaba, «y era de esperar que la primera autoridad de la provincia, que se hallaba en el gobierno civil, tomase con la ley en la mano medidas contra los que perturbaban el orden público».

No sucedió así. Los grupos quisieron forzar la entrada de la casa consistorial, cuya verja hubo de cerrarse, porque el escaso número de guardias de orden público que allí habia no permitia otra cosa. Ya dos de los guardias habian sido heridos de dos garrotazos en la cabeza; pero desde entonces empezó un triste espectáculo.

Las autoridades populares se vieron literalmente sitiadas en la casa consistorial, y los amotinados estuvieron con todo sosiego arrancando adornos y apedreando a través de la verja a unos cuantos guardias de orden público, sin que se tomaran medidas para disolver por la fuerza, si hubiere sido necesario, los amotinados que se habian colocado fuera de la ley.

Varios guardias quedaron heridos o contusos, y el alcalde interino que, acompañado de los concejales, salió a la plaza para tratar de conseguir que los grupos se retiraran, recibió una pedrada que le produjo una contusión, por fortuna sin gravedad. Algunos grupos intentaron escalar el balcón de la casa consistorial, y fué preciso que los pocos guardias que allí habia ocupasen el salón de columnas, el de sesiones y las piezas que los unen, para impedir aquella que no pasó de tentativa.

Los grupos se concentraron después hacia el gobierno civil; el tumulto, los gritos y las pedradas continuaron; y el centinela del gobierno civil recibió una pedrada.

«Que hacían entretanto las autoridades, la civil de la provincia en primer término? ¿Qué medidas se tomaban? Por lo menos la casa consistorial y el gobierno civil continuaron sitiados, el piquete de guardias civiles formado en el zaguan, y los amotinados dueños del campo, con lamentable escándalo y con singular desprestigio de la autoridad y de la ley».

Tres horas por lo menos duró el motín, «a ciencia y paciencia de las autoridades», y eran las seis y media, ya cerrada la noche, cuando se oyeron las cornetas de un batallón de milicianos que avanzaba por la calle Mayor. Los rangos y aun las órdenes de varios concejales apenas pudieron oírse a los guardias, que, viendo a varios de entre ellos heridos de piedra y de palo, pedían autorización para salir a disolver los grupos por la fuerza.

¿A quién incumba la responsabilidad de los escandalosos sucesos de ayer? En primer lugar a la comisión del comercio, que debió saber lo que era sabido, esto es, que habia, no queremos saber de quienes, interés en esplotar la manifestación; que no debieron convocar estas, mucho menos no teniendo prestigio bastante para dirigirla y mantenerla en el orden; y en segundo lugar, a las autoridades, que han permitido que durante tres ó mas horas un motín escandaloso haya dominado parte de la calle Mayor y la plaza de la Villa, limitándose a lo que pudimos ver, a concentrar algunos guardias en el zaguan del gobierno civil.

Si no se quiere comprender que cuanto mayor libertad existe mayor es la responsabilidad del ciudadano; si no se quiere comprender que dejando violar las leyes y el mismo artículo de la Constitución que solo reconoce las manifestaciones pacíficas; «si no se exige estrecha responsabilidad a quien exige deber», es inútil que se

hable de instituciones liberales, no habíamos de Constitución democrática, ni de libertades, ni de derechos de los ciudadanos.

¿Qué piensa el gobierno de esta cuestión, «mas grave de lo que a primera vista parece?»

El *Times* de Londres dedica un notable artículo al incendio del monasterio del Escorial, cuyo desastre, dice, ha debido causar en los españoles la misma dolorosa impresión que en los ingleses el de la catedral de Canterbury.

Ha regresado a esta corte nuestro distinguido correligionario y amigo el Sr. D. Diego Bahamonde y de Sáenz, de vuelta de su larga correría por el extranjero.

Consuela el fresco y apacible aire que se respira en el siguiente suceso de nuestro colega *La Política*:

«Por consecuencia de la nueva reforma hecha en el reglamento de palacio y en la categoría de los palacios, el digno señor marqués de Utielares ha presentado su renuncia del que desempeñaba. Para reemplazarle se habia delimitado marqués de Colomina. Los radicales están muy satisfechos de esta designación, porque creen que, como perito en el arte del ventilamiento, el republicano o ex-republicano marqués habra de montar buenos aparatos para el orro del edificio».

Otro periódico dice sobre esto mismo lo siguiente:

«Después de lo que hemos dicho sobre la salida de palacio del Sr. Utielares, tenemos motivos para asegurar que está acorralado su separación del puesto que venia desempeñando cerca de D. Amadeo. El Sr. Ruiz Zorrillo ha conseguido ver satisfechos sus deseos».

La prensa francesa asegura que no tiene la menor exactitud la noticia de una modificación ministerial. Únicamente, dice un diario, hay probabilidades de que el ministerio de Obras públicas, que se encuentra vacante desde la dimisión de M. de Larcy, se provea de una manera definitiva antes de que la Cámara reanude sus tareas.

Un telegrama de Versalles fecha 6 del corriente, que insertamos en el lugar acostumbrado, confirma lo dicho por los diarios, y aclara hasta cierto punto la causa por que se trata de completar el ministerio proveyendo el de Obras públicas en un individuo del centro derecho de la Asamblea.

A juzgar por el contenido del telegrama a que nos referimos, se quiere facilitar el movimiento de aquella fracción hacia la república conservadora, forma de gobierno que parece ser en la actualidad el bello ideal de M. Thiers.

Nuestros lectores no habrán olvidado ciertos proyectos para la declaración de la república conservadora, de que pocos dias hace se ocupó la prensa de París; proyectos de que, algun diario preguntaba, si tenia o no conocimiento M. Thiers, sin que hasta la fecha, que sepamos, ningún órgano oficial haya afirmado cosa alguna.

¿No podrian acaso ligarse estos proyectos con los trabajos que se están llevando a cabo para encauzar al centro derecho de la Asamblea al campo republicano conservador?

La circunstancia de que en el plan a que nos referimos se anunciaba que M. Thiers seria nombrado presidente de la república definitiva, y monsieur Casimir Perier vice-presidente, parece indicarlo así.

El primero trata de conferir la cartera de Obras públicas a un individuo del centro derecho, y ya sabemos la influencia que ejerce sobre esta fracción el ex-ministro del Interior.

No obstante, tan halagüeños proyectos dejan proyectos, dejan ver un punto oscurísimo en la distancia a Gambetta y sus amigos reclamando para si el gobierno y dirección de la República.

Podrán los republicanos conservadores oponer eficaz resistencia a los republicanos de Gambetta? Mucho lo dudamos, y mas si consideramos que de los monárquicos no puede exigirse que apoyen una República aunque se llame conservadora.

Auguramos graves y próximos hechos en el reino vecino. ¡Ojalá nos engañemos!

Todas las noticias que se reciben de Alsacia y Lorena están contestes en que después de haber terminado el plazo para que sus habitantes optasen por la nacionalidad francesa ó prusiana, las autoridades alemanas han girado visitas domiciliarias a las casas de todos los que han continuado siendo franceses.

Todas cuantas medidas se han tomado para conseguir la prusificación de estas provincias no han producido otro resultado que aumentar la emigración de los alsacianos y loreneses, que prefieren la pobreza en Francia a ser forzadamente alemanes.

Los viñadores alsacianos de las orillas del Rhin han abandonado aquellas comarcas y marchan a través de la Champagne, sin dirección fija; y como en esta provincia faltan en la actualidad los brazos necesarios para los trabajos de la vendimia, parece que los prefectos de los departamentos de Champagne han dirigido una circular a los alcaldes escitándoles a contratar, bajo las condiciones mas favorables posibles, a esos pobres desterrados.

La conducta de las autoridades prusianas no puede ser mas odiosa, si bien hay que tener en cuenta que los alemanes quieren a todo trance estirpar de las provincias anexionadas toda levedad anti-alemana, que en un término mas ó menos lejano pudiera producir conflictos en aquellos países; y a esta consideración parece que se han propuesto todo interés de humanidad y de benevolencia.

Estos hechos prueban la exactitud del dicho vulgar de que la política no tiene entrañas.

Entretanto, la prensa inglesa continúa censurando unánimemente la política de Prusia en este asunto.

Hé aquí a este propósito lo que dice el *Gercman* de Dublin:

«Todas las torpezas y todas las cobardías del vencedor han recibido el premio que merecian. La Alsacia y la Lorena han cedido ante la fuerza de las bayonetas, pero no se han sometido ni se someterán nunca. Dice-se que los franceses no son colonizadores; pero es lo cierto que las provincias que han vivido mucho tiempo bajo las leyes de Francia forman con ellas lazos que nadie puede romper. Los alsacianos y loreneses unen a la firmeza del carácter alemán el entusiasmo y la sensibilidad franceses, y nunca aceptarán de buen grado el despotismo militar de su dueño actual».

Muy en breve debe firmarse el tratado de co-

mercio entre Francia é Inglaterra, cuyo tratado se asegura será firmado en París, en lo cual el gobierno de la reina Victoria quiere dar una muestra de cortesía al presidente de la República francesa.

Habíase llegado a decir que con este motivo iria a París Mr. Gladstone; pero los mismos periódicos franceses desmienten la exactitud de esta noticia.

Acercas de las condiciones de este tratado, el *Saturday Review* es de parecer que toda vez que M. Thiers cree conveniente conservar una parte del tratado de comercio, seria oportuno conciliarse la buena voluntad de Francia tolerando algunas anomalías económicas, «porque es probable, dice el ilustrado colega inglés, que la Francia reconocera mas tarde, gracias a la renovación del tratado, las verdades elementales de la economía política».

El embajador de Rusia en Francia, príncipe de Orloff, ha llegado, procedente de Italia, al palacio de su suegro el príncipe Troubetkoe, de donde marchará en breve para Hastings (Inglaterra), no volviendo a París hasta fines del mes.

En esta misma época regresará tambien el embajador de Alemania, conde de Arnim, que ha debido salir para Poanmerania ayer ú hoy, para acabar de hacer uso de la licencia que obtuvo hace dos meses.

De Burdeos escriben a París con fecha 4 del actual, que circula el rumor de que el Conde de París ha llegado a la capital de Gironde, alojándose en casa de un antiguo par de Francia que tendrá una recepción en honor del príncipe, para lo cual se han expedido ya gran número de invitaciones. Por lo demás, añaden, esta recepción no tendrá carácter político.

Durante las elecciones que acaban de verificarse en Georgia (Estados-Unidos), algunas personas armadas llevaron é hicieron votar a dos mil negros en Savannah.

Y luego dirá que los Estados-Unidos no es un país eminentemente libre!

El miércoles 6 del jueves próximo, debe celebrarse en Londres un consejo de ministros, en el que se tratarán cuestiones importantes.

Así lo dice un telegrama del 5 del corriente.

LA REPUBLICA CONSERVADORA

EN FRANCIA.

La *Liberté* del sábado, con el epígrafe de *Contra-mina*, publica un «estenso artículo» de M. Detroyat, en que volviendo al tan debatido tema del discurso de Gambetta en Grenoble, manifiesta que las ideas vertidas por el ex-diputado en aquella fiesta demagógica no le causan ni sorpresa ni indignación, pues Gambetta no dice, no ha hecho mas que repetir en Grenoble lo que dicen todos los dias en los periódicos radicales los amigos del jefe de la extrema izquierda.

Este, terminada la época de los motines populares, existiendo la guardia nacional, apela al sufragio nacional; y quizás no va descaminado el articulista al echar en cara a ciertos hombres sus protestas en favor de la república, cuando sus ideas rechazan esta forma de gobierno, con la cual han suministrado armas a los demagogos.

Volviendo al sufragio universal, M. Detroyat cree que si Gambetta prodiga actualmente toda su ternura y todo su cariño a esta institución, es porque espera recoger mas tarde los favores de este que serán su recompensa.

El articulista de la *Liberté* termina con la siguiente escitación a la mayoría de la Asamblea: «Si los conservadores de todos colores, desde Kerlrel hasta Barthelémy Saint-Hilaire, excluyen a Bathie y Chanzy, ven en el paseo de Gambetta una amenaza para el orden público, digámoslo con franqueza, una probabilidad del reinado de la Commune no tienen mas que una línea de conducta nacional que seguir; agruparse todos al rededor de la república y de su presidente. De ellos solo depende destruir toda la táctica del partido radical».

Presenten sin tardanza y de un común acuerdo en la mesa de la Asamblea una proposición pidiendo la proclamación de la República, con M. Thiers de presidente por espacio de cuatro años; que acepten desde ese día como carta republicana la Constitución de 4 de Noviembre de 1848, en virtud de la cual se han hecho las elecciones y se ha instalado la comisión permanente.

El art. 111 que ha hecho de esta Constitución una Constitución abierta, permite hacer en ella todas las modificaciones que se juzguen oportunas. De este modo las elecciones próximas no se verificarán bajo la incertidumbre de saber si tendremos monarquía ó república.

Proclamada ésta definitivamente por la mayoría de la Asamblea, el centro derecho y el centro izquierdo actuales—desde luego no contamos con la adhesión de la derecha—se convertirían en partidarios del gobierno y serian los verdaderos conservadores; Gambetta se veria relegado desde luego a los bancos revolucionarios, abandonado de los republicanos moderados, que de otro modo le habrian dado prontamente sus votos con el único objeto de fundar la república.

Hé aquí el remedio homeopático que propinamos a los melancólicos de todos los partidos.

No creamos posible que a pasar de todo la mayoría de la Asamblea, ó mejor dicho el centro derecho, por mas que se trate de halagarlo con este objeto, como decimos en otro lugar, haya esta concepción. Si nos equivocásemos, a la mayoría de la Asamblea seria a la que debería aplicarse con justicia el calificativo de melancólica evocado por M. de Detroyat.

El artículo de la *Liberté* de que acabamos de ocuparnos ha provocado una contestación en el mismo diario de M. E. mile de Girardin en que abundando en las ideas de M. Detroyat, manifiesta que las palabras *el Pacto de Burdeos* están vacías de sentido y que la Asamblea elegida en 2 de Febrero de 1871 procede de la Constitución republicana de 4 de Noviembre de 1848 y de la ley electoral republicana de 15 de Marzo de 1849. Por tanto, que en serio no puede darse valor alguno al *Pacto de Burdeos*.

Continúa M. de Girardin expresando cuál seria la línea de conducta que debería seguirse en las actuales circunstancias.

Al reunirse la Asamblea en Versalles, debería votar dos artículos; por el primero se dispondría

que el 1.º de Mayo de 1873 se votase el presidente de la República con arreglo a los términos del capítulo 5.º de la Constitución de 1848 y prescripciones de la ley electoral de 15 de Marzo de 1849; por el segundo se debería ordenar que las elecciones generales se verificasen el primer domingo del mes de... de 1873, a fin de proceder a la Asamblea de revision prevista por el artículo 111 de la misma Constitución, Asamblea nombrada por tres meses, y sin poderse ocupar mas que de la espresada revision.

Con estos dos artículos, cree M. Girardin que podría salirse del mal paso en que se encuentra la Francia; enumera las ventajas que de su adopción podrían resultar, contándose entre otros que podría reformarse el método de elección, suprimiéndose el sufragio universal, y creándose una segunda Cámara, y la Asamblea de revision lo estimase conveniente.

En todo esto no vemos mas que un inconveniente: el *pacto de Burdeos* ha sido reconocido por el presidente de la República y por todos los partidos en Francia, quienes no creemos que admitan que este convenio sean palabras huecas como lo califica M. de Girardin. Si M. Thiers ha invocado esas palabras huecas siempre que se ha tratado de dar una solución monárquica definitiva a la forma de gobierno, no parece digno, ni regular, ni aun conveniente, que acepte la interpretación de *La Liberté* solo porque se le propone para la presidencia de la república por cuatro años.

Reorganícese el país, y evacuado completamente el territorio, y con arreglo a lo pactado acuérdese entonces, con perfecto conocimiento de causa, la forma de gobierno que se considere mas oportuna y mas conveniente a la nación.

Lo demás es valerse de las impresiones para conseguir un fin dado; es obtener la república conservadora por sorpresa.

CORTES.

CONGRESO.

Extraño de la sesión celebrada el día 7 de Octubre de 1872.

Se abrió la sesión bajo la presidencia del Sr. Rivero. Abierta a las dos, y leída el acta de la anterior fué aprobada.

El Sr. MATHEU: No hallándose presente ninguno de los señores ministros, deseo que la mesa trasmita al gobierno la pregunta que pensaba hacerle sobre las providencias que haya podido adoptar con motivo de los sucesos de ayer, toda vez que en la *Gaceta* no aparece ninguna que pudiera satisfacer a la opinión pública. Sabido es de todos, que concluida la manifestación se promovió un motín que duró algunas horas, sin que se adoptara disposición alguna.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del gobierno.

El Sr. ROLDAN: Tambien yo tenia que dirigir varias preguntas a los señores ministros, todas ellas graves y urgentes; y como ninguno se halla en su banco, ruego a la mesa se sirva reservarme la palabra para cuando esto se verifique.

El Sr. PRESIDENTE: Se le reservará a V. S.

El Sr. MATA: He pedido la palabra, no para dirigir ninguna pregunta, sino para saber si en ausencia del gobierno podia yo contestar a la del Sr. Matheu.

El Sr. PRESIDENTE: No lo permite el reglamento.

El Sr. MATA: Ya lo sabia yo; pero queria hacer constar que, si guardo silencio, no es por falta de deseo de hablar.

El Sr. CISA: Quisiera hacer una pregunta al señor ministro de Hacienda, que espero que la mesa pondrá en su conocimiento. Los cultivadores de naranja están alarmados con el rumor de que se piensa en denunciar el tratado de comercio que acerca de este fruto existe entre España y Francia.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del señor ministro.

El Sr. ULLOA: Agradezco a la mesa que ponga tambien en noticia del gobierno otra pregunta que voy a dirigir en su ausencia, con lo cual tendrá lugar para meditar mejor la respuesta. Mi pregunta versa sobre la situación anómala en que hoy se encuentran los acuerdos de Amoreveta, en virtud de promesas confirmadas por un decreto y por dos rotaciones de las Cortes, que se ven presos y procesados como si tal convenio no existiera.

Deseo, pues, saber si el gobierno está dispuesto a tomar las medidas oportunas acerca de este asunto, ó a presentar un proyecto de ley si no se cree oportuno para otra cosa.

El Sr. PRESIDENTE: Se pondrá en conocimiento del gobierno la doble pregunta de V. S.

El Sr. ISABAL: Ruego a la mesa se sirva reservarme el uso de la palabra para cuando este presente el señor ministro de Hacienda, con el fin de hacerle una pregunta.

El Sr. PRESIDENTE: Se le reservará a V. S.

Se dió cuenta de una proposición para que la mayor edad empiece a los 20 años cumplidos, y en su apoyo dijo

El Sr. BARTOLOME SANTAMARIA: Ni el estado de la Cámara es el propósito para que yo la moleste con largos discursos, ni la opinión exige grandes esfuerzos para persuadirme de lo que ya hace tiempo que está convencido. La Cámara espera con ansiedad entrar en la primera discusión política y mas importante de todos los Parliamentos, y la opinión pública está convencida de la necesidad de lo que propongo. Seria por tanto inútil una larga defensa del proyecto que acaba de oír. La mayor edad se ha exagerado en nuestro país, y solo se conserva, como una prueba de respeto a la legislación romana que la estableció. Al fijarse en el proyecto que me he levantado a defender, la mayor edad, a los 20 años, no se hace mas que sentar una base, dejando a la comisión que examine el proyecto y que compute la mayor edad para el sexo femenino. Creo que estas someras indicaciones bastarán para que el Congreso se sirva adoptar el proyecto.

Así se hizo, anunciándose que pasaria a las sesiones para el nombramiento de comisión.

Se dió cuenta de la renuncia que de sus respectivos cargos habia hecho la comisión permanente de actas, y en su apoyo dijo

El Sr. SAVLATE: La comisión ha creído que debía hacer esta renuncia en vista de la votación de la Cámara sobre el acta de Villacarrillo.

La comisión, respetando profundamente el acuerdo del Congreso, no se considera con la fuerza moral bastante para acabar su cometido. Por este motivo, ruego a la Cámara que se sirva admitir esta renuncia.

El Sr. PRESIDENTE: Cuando se me presentó esta renuncia, rogué que se retirara, porque es jurisprudencia establecida por el Congreso el no aceptar la que puedan hacer

El Congreso, en efecto, acordó no admitir la renuncia de la comisión permanente de actas.

Quedó enterada la Cámara de que el Sr. Nuñez de Castro no podía asistir a la sesión por hallarse enfermo, y de que la comisión mixta de senadores y diputados que ha de nombrar los ministros del tribunal de Cuentas se había constituido bajo la presidencia del Sr. Figuerola, nombrando vicepresidente al señor marqués de Perales y secretario al Sr. Fernández Vazquez.

Pasó a la comisión de actas la credencial presentada en secretaría por el Sr. Moré y Prendergast, electo diputado por el distrito de Mayaguez.

ORDEN DEL DIA.

Contestación al discurso de la Corona.

Se leyó dicho dictamen y cuatro enmiendas, de los Sres. Ullas, Orensé, Jove y Havia y Garrido, manifestándose por el señor presidente, que la mesa, de acuerdo con la comisión de mensaje, había convenido en que las dos enmiendas que mas se separaban del dictamen eran las de los Sres. Garrido y Jove y Havia.

Se leyó la del Sr. Garrido, concediéndole el señor presidente la palabra para que la apoyara; pero habiendo suplicado a la mesa que se diera la preferencia a la del Sr. Jove y Havia, por hallarse algo indisputado en su salud, se leyó en efecto la de dicho señor, y en su apoyo dijo:

El Sr. JOVE Y HAVIA: Señores diputados, estais contenidos hoy a ejercitar la gran virtud de la paciencia, tanto por ser yo quien hablo, como porque cuando esperabais oír la voz de la democracia, os va a molestar un obsecado doctoriano, a quien unos oírán con desdén y otros con lástima. La Cámara sabe que al leer el dictamen, no pudiendo contener la pasión política que a todos suele dominarnos, pedí la palabra, que cedí luego en la combinación de turnos, encargándome de sostener la enmienda que con otros dignísimos compañeros he firmado.

Yo, señores, pertenezco a la escuela de los que ni se resignan ni se subviven, dilema que nos propuso aquí un insigne orador, y ninguno de cuyos extremos acepto, declarándome partidario de la discusión. Defiendo la monarquía tradicional, sin los compromisos ni las glorias de la participación del poder, y me he apogado más a esos principios desde que los veo en injusta desgracia. ¿Qué encuentro en primer término en el dictamen cuya discusión empieza en este momento? Una afirmación llevada a la exageración, puesto que no os contentáis con hablar de vuestra legitimidad, sino que añadís que es la única, y que el asentimiento de los pueblos está consignado en solemnes protestas.

De modo que, si yo probase que esa legitimidad lejos de ser la única no es ninguna, y que esas protestas no existen, ese párrafo habría caído por su base. Hay, señores, dos clases de legitimidad: una que arrancan de las entrañas de la sociedad se ha llamado tradicional; y otra que nace del individuo, pretendiéndose que la suma de voluntades forme la legitimidad que se ha llamado plebiscitaria. Esta última es la que habéis querido establecer, pero sin adoptar el mejor medio de buscarla. Yo no soy partidario de esa legitimidad, porque no sirve mas que para destruir lo mismo que se construye, y los pueblos no existen para estar siempre en la continua lucha, en períodos constituyentes perpetuos. Las sociedades nacen para algo y mas que para estar en perpetua batalla.

Por eso prefiero un trono asentado sobre la tradición, indiscutible, hereditario de verdad, que esté por encima de todas las pasiones políticas y que sea el punto de apoyo sobre el que descansa la sociedad. No es esto lo que vosotros habéis establecido, como lo indica el mensaje que se discute, y que, lejos de ser un acto de cortesía, es un compendio de todos los proyectos que os proponéis aproba, con un lenguaje dogmático impropio e impracticable en política.

Dicho se está que si yo no admito el plebiscito por las razones que dejo indicadas, tampoco puedo aceptar por sus inconsecuencias. Todos sabéis cómo me sorprendió el reino de Nápoles; se quiso sancionar aquel hecho por medio del plebiscito, y uno solo que se atrevió a votar en contra fue materialmente cosido a puñaladas. Y sin embargo, ese resultado se ha visto después desmentido en las últimas elecciones municipales, donde han obtenido mayoría los que hubieran votado en contra en el plebiscito si hubiesen tenido libertad suficiente para ello. En Francia, ya sabemos todos lo que ha ocurrido con el plebiscito, y en España nos hacen su apología recientes ejemplos.

No arranca el coronamiento de vuestro edificio del derecho plebiscitario; vosotros no le quisisteis tampoco ni le reconocéis, pues el presidente de la Cámara nos dijo que la lógica de los tiempos es superior a él.

¿En qué fundáis vuestra legitimidad? ¿En el derecho revolucionario? Tampoco puede ser esto, porque la primera autoridad de la revolución fue la Junta de Madrid, por su constitución, y que se negó a entregar el poder a otra élite por sufragio universal. Y como de aquella nació el gobierno provisional, faltó todo, hasta esperencia legal a la revolución. ¿En qué documento revolucionario se halla establecida ni anunciada la legitimidad de que habláis en el párrafo primero? Ni en el manifiesto de 12 de Noviembre ni en la convocatoria de las Cortes Constituyentes veo yo que se hable nada de la casa de Saboya.

El Sr. VICEPRESIDENTE: Debo advertir a V. S. que no tiene para qué ocuparse en nada de la casa de Saboya.

El Sr. JOVE Y HAVIA: Decía que la legitimidad de eso de que habláis en el párrafo primero, no arranca de ninguno de los hechos ni documentos de la revolución, pues nada se dice de esto ni en el manifiesto de 12 de Noviembre, ni en la convocatoria, ni en el discurso de apertura de las Cortes Constituyentes.

No teniendo ninguna de estas legitimidades, ¿dónde vuestra obra la legitimidad parlamentaria? Señores, recuerdo que habiendo preguntado a un distinguido orador que se hubiera hecho si hubiera venido aquí una Cámara antidinástica, contestó que enviaría a paseo; es decir, enviar a paseo la legitimidad parlamentaria.

Tampoco, pues, reconocéis la legitimidad parlamentaria; y lo que habéis hecho ha sido consignar una suma de derechos impracticables en una Constitución que tenéis que violar a cada paso. Recientemente ha tenido lugar una manifestación cuyos abusos son censurados por los periódicos, y alguno muy radical; parece como que reniega ya de esos derechos que llamáis ilegales.

Sé bien que hay entidades que no pueden ver objeto ni sujeto de responsabilidad; es decir, que políticamente hablando, no completamente inocentes; pero por lo mismo, creo que esas entidades no deben tener política personal; así podrá existir con un Felipe II ó con un Napoleón, pero no con aquello que vosotros habéis querido que sea la menor cantidad posible, siendo las incógnitas las negativas, y a quien todos le echan en cara lo que han hecho por él. Sin duda por esto decía un distinguido diputado en las Cortes de 1854: no tocáis una dinastía sin que se conmueva la monarquía, como no se puede tocar la monarquía constitucional sin que padezca la libertad.

Por eso esas entidades no pueden constituir un gobierno estable; y suceden con ellos fenómenos, como Cámaras con las cuales los partidos no pueden turnar en el poder, y se forman gabinetes que se llaman de gabinete del medio, y sucede lo que ahora está sucediendo, en que no sé yo cómo se reemplazará el gabinete actual. Aquí la inteligencia puede decirse que existe en el gru-

po en brio; pero no cuenta con el número, y el grupo que cuenta con este número no tiene razón de ser dentro de la crisis revolucionaria.

Lo que se hizo nos debió conducir a la república, que no creo, como muchos, la forma de gobierno del porvenir, sino la del pasado: la de los pueblos primitivos, porque una vez adelantados, simplifícan su organización y no ejercen constantemente la soberanía. Yo no temería a la república cuando el país diese muestras de quererla de veras, ni dejaría de servirla, conservando mis convicciones y mis pretensiones para que se hiciera el ensayo, aunque en puestos no retribuidos, para evitar toda maledicencia, y hallándose a su frente hombres de las altísimas condiciones de los Sres. Pi y Margall, Figueras, Orensé y Castelar; pero desearían los Sres. Garrido y Navarrete con sus amigos, y arrojarían a estos distinguidos jefes, como detrás de los Sres. Garrido y Navarrete vendría el Sr. Paul y Angulo, y después el caos y la desorganización.

Creo haber demostrado en esta primera parte de mi discurso, que vuestra legitimidad ni es única, ni ninguna.

Paso ahora a hablar de las protestas de unión entre el pueblo y el trono; y me bastará citaros un ejemplo, recordándoos que hoy es aniversario de la reunión de la Asamblea legislativa de Francia en 1791. También allí se dijo que se iba a establecer la unión entre el trono y el pueblo, y ya sabéis, sin embargo, lo que sucedió.

Para hablar de las protestas hechas en favor de lo que se refiere al párrafo primero, tampoco tengo que recordar mas que un viaje célebre, en el que los representantes de los pueblos, los alcaldes, saludaban a eso que llamáis única legitimidad, de la manera que todo el mundo sabe, y se desmentía, aunque con dolor, la hospitalidad española por considerarlo deber político y nacional. Y os recordará también que en una provincia que por su fidelidad y valor, y por ser cuna de la monarquía, mereció dar nombre al heredero de la corona, se quiso que viniese a saludar al príncipe de Saboya una comisión de la diputación provincial, y aquella corporación, nombrada al calor de la revolución, contestó con un no ha lugar a deliberar. Estas son las protestas en favor de lo que consignó el párrafo primero del dictamen. No establecísteis la unión, sino el divorcio, entre el pueblo y el trono.

Terminada esta parte verdaderamente política, voy a la segunda.

La segunda se refiere a la política internacional, sobre la cual dice la comisión que se complace de las muestras de aprecio que España recibe de todas las naciones. Yo también me complace de ello, porque cuando el interés colectivo del país está de por medio, soy siempre ministerial. Pero ¿cuál es el estado internacional de Europa? Es un estado de duda y de vacilación; parece que no hay mas política que la del individualismo; esa política que ha consentido el despojo de Roma; esa política que consintió que se echasen suertes sobre las vestiduras de la Francia, haciendo aun hoy mismo se presencie con impasibilidad la emigración heroica de los hijos de la Alsacia y la Lorena, que prefieren la pobreza al cambio de nacionalidad. Reinando esta política internacional, que tanto se parece a la interior de la revolución de Setiembre, no es extraño que se reconozcan y festejen. Pero al pasar a ciertos detalles, empiezo por lamentarme de que solo se halle en el banco del gobierno mi particular amigo el señor ministro de Fomento, porque tenía que dirigir algunas preguntas al de Estado.

Todos los que se ocupan de política saben que no hace mucho tiempo hemos recibido un agravio de la república de Venezuela. Este agravio no ha debido tener reparación, porque si la hubiera tenido, parecía natural que se hubiera dicho algo en el discurso de la Corona. También saben todos que de los puertos de los Estados Unidos salen expediciones de filibusteros organizados por agentes extranjeros que, ejerciendo el mas vil de los oficios, van a llevar la guerra a un país extraño. Pues bien; ni siquiera ha dicho el gobierno si son vigilados esos puertos; ni siquiera ha dicho si serán reparadas las personas que a consecuencia de esos hechos han padecido. Yo desearía que el gobierno dijera algo sobre esto, ya que en el Congreso reciente de Ginebra se ha entado el principio de la reparación.

Nada diré sobre el abandono de una parte del territorio, porque espero hacer las observaciones necesarias cuando el proyecto referente a esto se discute; pero desearía saber si en el ministerio de Estado se han hecho todos los estudios necesarios a fin de asegurarse de que después del abandono no vendrá una tercera potencia a levantar allí su bandera, como centinela contra nosotros.

Finalmente, desearía también saber si por los ilustrados empleados del ministerio de Estado y por el ministro que está a la cabeza, se ha estudiado con detenimiento el resultado que puede tener el establecimiento en el puerto de Bilbao, de un derecho de peaje con carácter de perpetuidad, concedido a una sociedad inglesa.

Voy a entrar en la tercera parte de mi enmienda, que se refiere a cosas relacionadas con la religión, es decir, con verdades reveladas y eternas, y yo, señores, diputados, que seas tolerantes conmigo, porque aquí debe haber personas que tengan puntos de vista completamente opuestos al mío. La religión, señores, no puede considerarse como un servicio; es algo mas; es el mayor de los elementos de sociabilidad, y no puede el hombre desprenderse jamás de él. Pues bien; en el dictamen parece que está considerada la religión como un servicio, por ejemplo, el de alumbrado y serenos.

¿En qué se fundan las esperanzas de que las relaciones con Roma se consoliden? Al abrirse el primer Congreso ordinario de la revolución, se nos dijo que estas relaciones se establecerían muy pronto. Al abrirse el segundo Congreso, solo se afirmó que no se harían esperar mucho, y en el tercero, que ha sido un verdadero fracaso, se ha afirmado que se harían esperar mucho.

¿En qué se fundan las esperanzas de que las relaciones con Roma se consoliden? Al abrirse el primer Congreso ordinario de la revolución, se nos dijo que estas relaciones se establecerían muy pronto. Al abrirse el segundo Congreso, solo se afirmó que no se harían esperar mucho, y en el tercero, que ha sido un verdadero fracaso, se ha afirmado que se harían esperar mucho.

¿En qué se fundan las esperanzas de que las relaciones con Roma se consoliden? Al abrirse el primer Congreso ordinario de la revolución, se nos dijo que estas relaciones se establecerían muy pronto. Al abrirse el segundo Congreso, solo se afirmó que no se harían esperar mucho, y en el tercero, que ha sido un verdadero fracaso, se ha afirmado que se harían esperar mucho.

Estos resultados también de las leyes que se han presentado, las cuales van desde fuego a preguza como otros muchos, comprometidos y haciendo inútil su discusión, si probais este párrafo del mensaje. El señor ministro de Gracia y Justicia nos habla en el preámbulo de atribuciones político-administrativas y de otros esclavos vamente religiosos de la Iglesia, y dentro de esas atribuciones religiosas establece, para que la Iglesia pueda obrar con independencia, sus medios de sustentación, olvidándose de la historia y de la justicia, porque no es solo un medio indispensable de sustentación lo que a la Iglesia debemos; es, señores, una gran reparación de lo que se la usurpó.

No basta decir que la Iglesia perdió sus atribuciones políticas y administrativas, negarle una reparación y quitarle el equivalente de lo que constituía su propiedad. Esto sería lo mismo que si un socialista dijese a un gran capitalista cuyas necesidades disminuyesen: «Ahora ya no necesitas tanto, quedate con lo necesario para vivir y dame a mí lo demás.» Hasta ahora, nunca se ha negado la indemnización; solo se había hecho cambiar de forma a la propiedad; pero ahora se arrebató a la Iglesia completamente hasta la compensación de esa propiedad. Cierzo que arroja la carga a los pueblos; pero si creis que los pueblos podrán pagar al clero, yo os digo que estais en un error. ¿No veis que los pueblos están tan empobrecidos, que no pueden pagar ni a los maestros, ni a los secretarios de ayuntamientos,

ni a ninguna de las personas que de los municipios dependen? ¿Cómo queréis que paguen al clero? Además, no son ciertos los medios de acción que al parecer concedéis a los pueblos para crear arbitrios, y donde queráis que se trata de crearlos, se levanta una protesta de los que deben satisfacerlos, porque habéis concedido tales derechos y tales libertades, que hacen imposible toda administración.

No abandonéis el gran principio religioso, no esclavicéis a la Iglesia, que dio la libertad al mundo; porque en el caos en que nos encontramos, no queda mas principio para salvar la sociedad que la religión del Crucificado o la fuerza bruta.

Agradecería al señor presidente que me permitiera cinco minutos de descanso.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión por breves momentos.

Pasados diez minutos dijo:

El Sr. JOVE Y HAVIA: Voy a entrar, señores diputados, en la parte mas triste de mi discurso; en la que se refiere a la cuestión de Hacienda, siempre en desgracia en España, y hoy mas que nunca. ¿Qué ha hecho la revolución por la Hacienda? Veamos cual era el estado rentístico del país antes de la revolución, y cual es el estado en que hoy se encuentra. En 1860, según un trabajo llevado a cabo por el Sr. Alonso Martínez, había en la Hacienda 4.000 millones de activo: hoy no sé si existe algo. Teníamos antes un déficit de 30 a 400 millones, que yo combatía; y hoy nos contentamos cuando saldamos el presupuesto con un déficit de 1.000 millones: el interés de la deuda flotante era, como término medio de un 10 por 100; hoy el actual ministro de Hacienda nos ha dicho que es de 17 1/2. Todos sabéis cómo estaban antes nuestros valores y como están hoy. Pues en aquella época, un crador de la oposición decía al ministro general O'Donnell, que era loco todo aquel que quería usar del crédito sin tener crédito; y este mismo orador, elevado después por la revolución a ministro de Hacienda, usó del crédito de aquella manera que él mismo calificaba de locura.

Este orador, señores, era el Sr. Figuerola, el ministro de Hacienda mas marcado de la revolución. Una base segura de buena administración es la discusión y votación de los presupuestos. ¿Cuánto habéis votado los presupuestos desde la revolución acá? No solo no los habéis discutido y votado, si no que habéis violado en otros puntos la ley constitucional y las leyes mismas que vosotros habéis creado. Habéis violado el art. 103 de la Constitución, que dice así: (Leyó).

Y por medio de unas que queréis llamar operaciones del Tesoro, habéis hecho verdaderos empréstitos, que ahora tratáis de legalizar con los proyectos presentados: el art. 104 de la Constitución dice que no se hará ningún empréstito sin que se voten al mismo tiempo los recursos necesarios para pagar sus intereses, y vosotros no habéis cumplido con esta obligación.

Recientemente se han leído aquí los proyectos de Hacienda estableciendo reformas, de las cuales unas vienen incluidas en los presupuestos y otras en leyes especiales.

Varios diputados hicieron observar que estas leyes especiales debían pasar a la comisión de presupuestos; y a pesar de la opinión contraria de muchos señores diputados, hubo por fortuna en el seno de las comisiones personas que pensaban de este modo, entre las cuales estaba el Sr. Pi y Margall, y pudimos conseguir nuestro deseo. Pero sin duda alguna se quería que estos proyectos, como mas difíciles, se despacharan desdeluego para tener, por decirlo así, prejuzgada la cuestión.

Habéis infringido también la ley de contabilidad en su art. 38, que dice así: (Leyó) De esta manera la deuda flotante, que solo podía llegar a 245 millones de pesetas, se ha aumentado en mas de 80 millones; yo creo que las Cortes españolas, obligadas a mirar por los intereses de los pueblos, podrán oír a estos desmanes, exigiendo la responsabilidad a quien la tenga, que muchas veces quedará sin corrección cosas que la merecen.

Aquí se ha visto condenado un convenio celebrado con el Banco de París, y sin embargo, no se ha puesto corrección ninguna; antes bien ese mismo Banco, enmarcado con otro nombre, se presenta a hacer operaciones de crédito con el gobierno, y se le van a entregar todos los valores representativos del suelo de la patria. En otra operación que se hizo sobre las minas de Almadén, ha salido el gobierno perjudicado, según cálculos de un distinguido ingeniero, en 800 millones de reales; de manera que, al paso que vamos, entregaremos a los extranjeros todos los valores que constituyen el suelo y el sub-suelo de nuestra patria. No nos falta mas que entregarles el aire que respiramos.

Y no es, señores, que yo no desee que se creen instituciones de crédito; al contrario, deseo que se establezcan, pero no quiero que se venga aquí con un Banco de terminación, como si no hubiera otros Bancos y otros capitales en el mundo que pudieran ofrecer condiciones mas ventajosas. Y si a esto añadimos que el Banco ha exigido que la entrega de esos valores sea, para responder del pago de los intereses de la deuda, entonces me siento herido en mi orgullo de español, porque no se cree en nuestra honra y se exige una prenda, como se exige a los pródigos cuando se cree que no son capaces de pagar sus deudas.

Ya sé yo, y esto me consuela, que en la comisión hay el pensamiento de quitar a esta ley la parte esclavica que tiene; pero ¿estais seguros que se hará el arreglo de la deuda? Un gobierno previsor hubiera tratado primero con los acreedores y después nos hubiera presentado el arreglo. No habiéndolos hecho así, es probable que sea este un trabajo inútil, después de habernos expuesto a la vergüenza de todo el mundo. Y si este proyecto sirve para legalizar empréstitos hechos, yo debo decir que el proyecto, sobre ser perjudicial, es subreptivo.

Los males de la Hacienda han hecho que los gobiernos solo pensaran en soldar el déficit, y yo creo que habrían hecho mejor en reducir los gastos. Jamás ha pasado de 2.000 millones lo que en España se ha podido recaudar, y la prudencia exige que los gastos se acomoden a los ingresos.

Tratando yo de averiguar lo que sucedía en nuestras antiguas Cortes cuando se pedían recursos extraordinarios, me he encontrado, y la tengo aquí, con una contestación dada por un procurador de las Cortes españolas en 1563. Reinaba Felipe II; la Hacienda se hallaba en un estado parecido al que hoy tiene, pero por causa de gloriosas guerras; el rey, en su proposición, que era lo que hoy llamaríamos discurso de la corona, dijo a los procuradores que no le bastaban los recursos que tenía y que necesitaba que se le aumentaran; y entonces aquellos procuradores, por boca de Juan de Santo Domingo, representante de Burgos, dijeron que el reino está tan trabajado y necesitado, que el servicio que se le podría hacer será muy corto. Una contestación muy parecida debería dar la comisión de mensaje, en vez de aprobar completamente todo lo presentado, en medio de un optimismo que sienta muy mal con el estado de la Hacienda, y que verá con verdadera tristeza los acreedores del Estado que no han cobrado sus créditos.

Examinado ya el estado de la Hacienda, voy a pasar a otro punto. Dice la comisión en el párrafo 14 del dictamen, que ciertas disposiciones relativas a cargas irremitibles serán aprobadas con satisfacción por las Cortes, y debe advertir que esos compromisos que afectan a discusiones que han de venir, no deben contraerse. Si esto se refiere a los foros y subforos de Galicia y a la rabana moria de Cataluña, yo debo decir que estos

contratos celebrados al amparo de leyes no pueden alterarse en su esencia sin injusticia notoria.

De propósito no he querido tocar el punto referente a reformas en nuestras Antillas, porque es peligroso hablar de estas cosas en momentos de guerra, de excitación y de odios políticos. Además, me acordaba la circunstancia de que no pueden otorgarse ciertas libertades como los filibusteros desean, porque un artículo de la Constitución dice que esas libertades se aplicarán con las modificaciones que se crean necesarias.

Algunas observaciones me permitís hacer sobre lo que vosotros llamáis el coronamiento de la moderna jurisprudencia, sobre el Jurado. No niego que el Jurado puede ser un criterio de justicia para los pueblos que no han conocido otra cosa; pero los pueblos del derecho romano y del respeto a la toga se avienen mal con él.

Yo he tenido que intervenir, defendiendo a mis compatriotas, en muchas causas falladas por jurados; sé los móviles que se ponen en juego para inclinar los corazones a la clemencia, y os aseguro que en todas partes he visto aparecer el Jurado como una máquina absoluta, tal como apareció en España cuando estuvo establecido para delitos políticos.

Hoy, cuando no existe, ó por lo menos se dice que no existe el sistema preventivo, es menester dar gran fuerza al represivo, y el país no está para entregar la justicia en manos de los muchadumbres. El criterio del hombre que conoce la ciencia de la jurisprudencia, no puede ser sustituido por el criterio del capricho, y tal vez por el criterio de la participación en el crimen. Sé que algunas naciones han adoptado esta institución; sé que en otras arranca de antiguos tiempos.

Acaso me dirís que estas observaciones llegan tarde, porque pronto va a ser establecido el Jurado en ciertas regiones que llamáis privilegiadas. Yo no tengo la culpa de esto; pero lo demás, si en este punto pudiera haber votación nominal, habrían de votar conmigo muchos individuos de la mayoría, puesto que así me lo han asegurado. Diréis que solo versará sobre los hechos; pero para conocer los hechos se necesita también criterio científico.

También pedimos en nuestra enmienda que se suprima el párrafo 16 que es el relativo a la ley presentada sobre el clero. Después de lo que he manifestado ya, solo os diré que, tal como presentáis esa ley, dejáis de cumplir el art. 21 de la Constitución.

Pedimos igualmente la supresión del párrafo 19, que trata de la ley del servicio militar, porque esa ley es incompleta y deja subsistentes todos los privilegios que se pretene abolir. Y si no, decidme vosotros, señores republicanos: ¿no es verdad que no es el sorteo el que os incomoda? ¿No es verdad que es el servicio militar forzoso? Ahora bien: ¿desaparece por eso el servicio forzoso? No, al contrario; se extiende a todos los ciudadanos; y si antes se libraban algunos, hoy no se librará nadie de él; y si antes había quien interrumpía su carrera por algunos años, hoy va a interrumpirla todos. Luego tenéis obligación de combatir hoy con mas fuerza que ayer la ley que el gobierno os ha presentado.

Respecto de los privilegios que se establecen para la riqueza con el cambio de número, según vosotros quedáis subsistentes, y además ahora herís el principio de aquellos que voluntariamente quieren servir por otros. Me diréis que a éstos les queda la facultad de entrar en el servicio por medio de los premios establecidos por el gobierno; pero yo os diré que esto nadie lo quiere, porque se ve que el gobierno no cumple sus compromisos tan terminantemente como debe cumplirlos. Además de que no es lo mismo el servicio para los que están acostumbrados a ciertas comodidades, que el que están acostumbrados a ciertas comodidades, como para los que en él mejoran su posición. Pero así y todo, los privilegios para la riqueza quedan, porque decís que aquel que durante un año pueda costear sus gastos, se le rebaja el tiempo de servicio.

El sorteo queda siempre, porque a la operación de números que se hacía, antes se sustituye la suerte de haber nacido en un mes ó en otro.

Ahora os pregunto: ¿por qué recurrís a eso? Porque tenéis necesidad del ejército. De este lado de la Cámara se os dice que arais al pueblo, y a esto contesta el señor ministro de la Guerra que sería armar a los enemigos de la revolución. ¿En qué queréis queamos? Pues no decís uno de vosotros hombres mas notables, el de mas autoridad entre vosotros, que en errando el ejército en los cuarteles sería facil vuestra dominación? ¿Pues por qué no recurrís al pueblo armado? Por la razón que ha expresado el señor ministro de la Guerra.

No quiero hablar del modo que ha sido tratado el ejército, el cual ha recurrido a ese expediente, en el cual 7.000 jefes y oficiales piden la revisión de las hojas de servicio. Yo quisiera que el principio del honor y del deber fuera el único que imperara en el ejército; pero no sé qué principio de honor ni de deber puede imperar cuando solo se le piden servicios revolucionarios, y se tiene el derecho de desir al ministro que los pide: «Tengo el servicio de haber sido perseguido en tiempos en que S. S. era contrario a los principios que proclama la revolución.»

Pedimos también la supresión del párrafo 20, referente a las matrículas de mar. Señores, es uno de los problemas mas difíciles de la administración, y que mas ha preocupado a los pueblos modernos. Yo he de pedir que se estudie mucho.

Algo habian hecho gobiernos anteriores para amonior los rigores de este servicio; se habia quitado la segunda campaña y la necesidad de licencias para embarcarse después de la primera. Ahora queréis hacerlo lo desaparecer; pues yo os citaré una autoridad grande para vosotros, al general Topete, que contestando a un diputado que pedía la desaparición de las matrículas de mar, dijo que con esa desaparición el servicio quedaría de tal modo, que no sería a quien montara el Cabo de Hornos. Yo, con la autoridad que me da la razón del oficio que he desempeñado, digo que no sería yo quien sin ellas tripulase un buque en el extranjero.

La última modificación que proponemos, es relativa al párrafo 21, en la cuestión de montes. Dice el párrafo: (Leyó) El discurso, descendiendo a minuciosidades, hablaba de leyes de minas y de montes, y al hablar de minas la calificó la legislación actual de inhumana y socialista. La comisión no acepta esta calificación, puesto que no la ha repetido, y por tanto diré a la comisión que acepte el párrafo que he presentado, puesto que solo trata de dejar a salvo la propiedad de los pueblos, la única que les queda; pues aun cuando el Estado se apodera de los bienes de los municipios, ofreciéndoles retribución y abonarles el 80 por 100 de propios, el resultado ha sido que tienen poca esperanza de adquirir nada. Estos pueblos tenían participaciones en ciertos montes, y ahora parece que el gobierno se la va a quitar; y hay pueblos, señores, que no podrán existir por los rigores del frío si les quita este recurso, y se va a cometer un despojo condenando a esos pueblos a morir, porque los aceitan para su existencia.

Hay además otra razón para que esto no se haga, y es, que si entregais esos montes a la especulación privada, inmediatamente desaparecerán; y todos los hombres entendidos en la materia están a orden en que para las condiciones físicas del suelo, será un grave mal que los montes desaparezcan, puesto que purifican el aire y atraen las aguas.

Creo haber demostrado que eso que con tanto entusiasmo llamáis única legitimidad, no tiene apoyo en ningún principio de legalidad, y que en lugar de unión, establecísteis discordia entre el trono y el pueblo.

Creo haber demostrado que nuestra política internacional tiene grandes desventajas. Creo haber demostrado el espíritu de hostilidad que en todos vuestros actos hay contra la Iglesia de Jesucristo; habéis impuesto la toda avenencia. Creo haber demostrado que sois un azote para nuestra Nación, y que en ella habéis violado las leyes. Creo que los párrafos que he leído, de despreciar a los que desearían por las consideraciones que he expuesto. Ahora escuchad este pobre español, no oírás como políticos exclusivamente entusiastas de los principios revolucionarios; oírás como hombres de conciencia.

Añadiré para concluir, que la monarquía tradicional de los españoles, que tiene su origen en la historia, es la base sobre la que se puede levantar y reconstruir nuestra sociedad; y que esta base es la legitimidad del rey y su natural y constitucional, cuyos derechos son sostenidos en estos bancos.

El Sr. NAVARRETE: Mostraré muy poco a la Cámara. Segun me han manifestado mis amigos, el Sr. Navarro y Jove y Havia, después de haber leído algunas frases a las que primeras figuras republicanas de estos bancos, no habrían presentado al Sr. Garrido y a mí como transformadores del actual orden social, de modo que haríamos imposible la consolidación de la revolución.

Pero lo que he de decir es que yo y uno de los últimos socios de esos insignes señores, y que yo quiero establecer la república democrática federal, sobre las bases de la justicia y el derecho.

Con respecto a la cuestión social, creo que mi propiamente, hija de la tradición y de la historia, y que me asustaría al Sr. Jove y Havia manifestando que yo figuraba como un fantasma terrible en ninguna parte. Pero yo quisiera que no soy un fantasma, y que de ninguna idea, como le diré a S. S. que yo quiero la reforma social; que yo quiero mejorar las condiciones de las clases trabajadoras, restableciendo, en la condición del jornal, la armonía del capital y del trabajo. Por esto pido y pediremos para hacer posible la reforma sin revolución, que todo el que haya tomado lo ageno contra la voluntad de su dueño lo restituya; que esta máxima católica apostólica romana se aplique lo mismo al que tiene títulos de mobiliarios y disfruta de grandes rentas que al que no tiene pan ni camisa. Creo que en esta especie de socialismo, como lo he llamado algunos periódicos, me acompañarán todos los hombres honrados de España.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión. El señor presidente del Consejo de ministros tiene la palabra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Sr. Mathet ha dirigido al principio de la sesión una pregunta al gobierno acerca de lo ocurrido con motivo de la manifestación del comercio en el día de ayer. Yo daría explicaciones con gusto a S. S. en este instante; pero no puedo conocer los detalles de lo ocurrido ayer como los conoce la autoridad encargada de conservar el orden público. Esa autoridad es el señor gobernador de Madrid, que como diputado, está presente; yo sublevo al señor presidente que consista que tome la palabra, y si no fuera bastante mi ruego porque el rigor del reglamento no consintiese acceder a él, yo le aludo con el mismo derecho que cualquier otro señor diputado, para que pueda hablar el señor gobernador, sin perjuicio de que el ministro de la Gobernación diga después lo que le plazca acerca de este hecho, que no es mas que una reproducción de lo que ha ocurrido otras veces al hacer los ciudadanos y los partidos uso del derecho que les concede la Constitución. Con ocasión del ejercicio de ese derecho, ha habido ayer algun abuso, aun cuando motivo han sido tantos como los que ha habido en otras épocas en que ese derecho no existía; pero bastante sin embargo, para que el gobierno esté convencido de que esas cosas, primera, de que hay que evitar, y que no son compatibles con el orden; segunda, de que el gobierno no debe ser tolerante con lo que ha sido hasta aquí, y que los que desean usar esos derechos, sin que aquellos que supiesen de usarlos, se quedasen rezagados guardando silencio, noche para desahuciar al que de buena fe los ha proclamado y los usa.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Mata tiene la palabra para exponer algunas personas.

El Sr. MATA: Ha cuñado el Sr. Mathet dirigido una pregunta al gobierno, me apresuro a manifestar que no desaba contestarle; pero como por razones reglamentarias no era posible, he tenido que esperar a que viniera al gobierno, a la poder hacerlo y referir lo ocurrido.

Por lo mismo que yo había que había una manifestación a la cual habían de concurrir personas de todas las clases sociales, esperaba que había de ser mas pacífica que todas, y así lo fue en efecto; mientras fue tal una manifestación.

Yo estaba en el balcón del gobierno civil y presencié los hechos. Venía una masa inmensa por la calle Mayor al ab a las cuatro y media de la tarde; venían con ellos y con ellos con diferentes lemas, en silencio y con orden; tardaron mas de una hora en llegar todas las banderas y en reunir las comisiones para subir a manifestar el objeto de aquel espectáculo.

Subieron al fin, recibieron contestaciones benévolas que les dejaron en cierto modo satisfechos. Comenzó a caer la tarde, y los que estaban en la plaza, y ellos exigieron que saliese el alcalde al balcón. El alcalde salió; su presencia promovió alguna agitación, que terminó cuando pudieran ser oídas de todos sus palabras; pero algunos de los oyeron y fueron recibidas al principio con aplausos, y después con disgusto, porque creían que no se conseguía el objeto de la manifestación. Fue durante esto, que algunos tipos, sin mas que algunas voces, que no eran subversivas; pero como en todas estas grandes reuniones se introducen ciertas personas de las clases peligrosas a la sociedad, procurando meter las manos en los bolsillos y llevarse reliquias u otras cosas, esas personas empezaron a dar lugar al tumulto, porque los agentes de orden públicos los conocieron, y los manifestantes creyeron que los agentes trataban de atacar su derecho. Después la inmensa mayoría desistió; pero quedaban algunos que parecían tener intenciones siniestras, que puesto que se objetaban en permanecer en la plaza de la Villa.

Desde el momento en que yo vi que la manifestación había concluido, llamé a los guardias; pero si era necesario. El jefe de órden público y algunos inspectores se retiraron de persuadir a los que allí habian de que se retiraran y desparejan la vía; se retiraron muchos; pero algunos persistían en quedarse; empezaron a arrojar piedras, y salieron a relucir coronas nuevas y algunas revólvers. Viendo yo que se acercaba la noche, y que aquello tomaba cierto aspecto hostil, en cuanto tuve el número suficiente de dependientes, oírte activamente. Al alcalde popular y a otros individuos les tiraron algunas pedradas, de las cuales dio una al alcalde en el pecho. La guardia civil, viendo se atravesaba, preparó las armas; y esto bastó para que desparejaran la plaza las turbas. En las inmediaciones del gobierno civil algunos que se quisieron resistir con revólvers y bayonetas, fueron presos.

Al propio tiempo, por si en alguno quedaba, haré al- gun plan de otra especie, dispuse que se avisara a la guardia civil, y a la guardia municipal, y al jefe de la guardia civil, y a la guardia municipal. Afortunadamente no fueron necesarios. El tumulto se disipó inmediatamente, sin que se derramara una gota de sangre ni se pareciera en nada a la célebre noche de San Daniel. Además, mi objeto era evitar que se alarmara la población, y lo logré.

Yo respecto a estas cosas tengo un criterio fijo; sospecho con más o menos fundamento que se trata de llevar a cabo un acto criminal; tomo mis medidas y espero a que se comience a poner en ejecución; entonces me echo encima de los criminales y los pongo a disposición de la autoridad. Esto es lo que hice en la calle del Arsenal, y deso venga esa cuestión para contestar a las calumnias e injurias que me han lanzado ciertos periódicos. Rátonces se verá que hice todo lo que era posible hacer; apenas los asesinos manifestaron su intento de atentar a la vida del rey, mis dependientes cayeron sobre ellos, y no fué posible hacer más, porque no sabiendo cuántos eran ni el sitio en que iban a ejecutar sus designios, no tuve más remedio que seguir el coche de S. M. para encontrarme en mi sitio, y perecer si era preciso.

El Sr. Mathet viene ahora diciendo, sin tener conocimiento de los hechos, que el motín duró tres horas; esto es inexacto. A las dos y media empezó la manifestación, pasaron dos o tres horas sin ningún desorden, y a las cinco y media fué cuando el tumulto tomó proporciones.

En resumen, hubo un motín que no debe confundirse con la manifestación, la cual fué pacífica. Es menester convencerse de una cosa, y es, que hay un interés grande en hacer creer que en España no se puede gobernar con el sistema liberal y no puede haber orden estando el partido radical en el poder. Este es el afán de todos nuestros enemigos, y de ahí las noticias falsas que se esparcen y las suposiciones gratuitas que se hacen: ejemplo de esto es lo que ha pasado con la supuesta pedrada dirigida al rey, hecho completamente inexacto.

Tengo la convicción de que el único modo de gobernar bien es gobernar con los derechos individuales: lo que aquí hace falta es ayudar al gobierno, y para ello es necesario que la administración de justicia esté en armonía con la práctica de esos derechos y con los hábitos del pueblo.

Yo ataco, por ejemplo, a las clases peligrosas de la sociedad, y de poco me sirve la vigilancia y el rigor, porque a los tres días los que yo mando prender están en la calle, y no es porque sean inocentes. Lo mismo me sucede con la mendicidad; si detengo a los mendigos forasteros para llevarlos a sus pueblos, se me acusa de detención arbitraria; y si los llevo al Pardo, entran por una puerta y salen por otra.

Espero que estando estas ideas en el ánimo de los señores diputados, se apresurarán a ver de qué manera se pueda hacer que seamos todos completamente libres, pero que los criminales tengan un freno.

Preguntaba el Sr. Mathet qué disposiciones se han tomado después; no ha habido necesidad de tomar medidas que las ordinarias. Si ocurriera algún caso extraordinario, entonces tomaríamos medidas extraordinarias.

El Sr. MATHET: El Sr. Mata ha dicho que yo ignoraba lo que pasaba en la plaza de la Villa, porque yo no estaba allí. Yo desde por la mañana sabía algo de lo que había de pasar por la noche, porque sabía que se obligaba a cerrar la tienda a todo aquel que voluntariamente no lo había hecho; y lo sabía porque en el acto en que iba a marchar con mi batallón a ejercicio, se me avisó esto por los alcaldes de barrio del distrito del Hospicio.

Dice el Sr. Mata que no duró tres horas el motín. Importa poco que durara una hora, dos o tres; la manifestación comenzó, empezó el motín y estuvo cercada la casa del ayuntamiento y cercado también el gobierno civil.

El Sr. PRESIDENTE: Recuerdo a S. S. que estamos dentro de los límites de una pregunta, y le ruego sea breve.

El Sr. MATHET: Cuando yo hice la pregunta me limité a decir que había durado el motín tres horas. El Sr. Mata ha dicho que no duró sino dos horas. Basta a mi propósito que el país sepa que ha habido un motín que ha durado dos horas o una. Precisamente porque ha habido un motín contra el cual no se había tomado medida alguna, es por lo que yo he hecho la pregunta.

El Sr. MATA: Yo no he concedido a S. S. que durara el motín dos horas, porque a las cuatro y media llegó la manifestación, que tardó más de una hora en comunicarse su objeto al ayuntamiento, y eran las seis y media cuando empezaron los desmanes.

El Sr. MATHET: A las cinco y media pasaba yo a caballo por Platerías, y un grupo me insultó a mi, comandante de la milicia.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pensaba haber dicho mi opinión respecto a lo que ayer sucedió y respecto de las manifestaciones; pero insistiendo el Sr. Mathet en que no cumplieron con su deber las autoridades, habiendo periódicos que pueden pasar por ministeriales, y que han participado también de la opinión de S. S., y no habiendo en nuestro país en todos los partidos la imparcialidad que debe haber sobre cuestiones que pueden ser de inmensa trascendencia, renuncio a decir lo que pensaba. Hay aquí individuos de la mayoría que pueden creer lo que crea el Sr. Mathet; y habiendo además representantes de otros partidos que, según su punto de vista, pueden creer que lo ocurrido ayer puede ser más o menos trascendental, según unos para la libertad, y según otros para el orden, renuncio a dar explicaciones mientras cualquiera de los individuos de la mayoría o de las oposiciones no promuevan un debate sobre la cuestión de orden público, por medio de una interpelección, a la cual el gobierno está dispuesto a contestar desde este instante.

El Sr. PRESIDENTE: Continúa la discusión pendiente.

El Sr. COMAS: Señores diputados, no tenía impendencia por hablar; no lo deseaba. Cuando fui designado para la comisión de muestreo, mi primer deseo fué renunciar al cargo; pero mis amigos me dijeron que era irrenunciable. Entonces me dirigí a mis compañeros para que se tomaran cada uno un turno y contestasen, dejándome a mí el minuto de esta tarea. Tenía razones para no entrar en el debate; éste es puramente político, y era justo que las personas que tienen más autoridad en el partido radical viniesen a ocupar este puesto de honor, que no me pertenece. Pero como dije en cierta ocasión el digno presidente de esta Cámara, hay puestos que no se solicitan, pero que obtenidos deben desempeñarse, y me he encontrado en la necesidad de tomar parte en un debate como el iniciado en el día de hoy.

Yo, que soy nuevo aquí, he tenido que venir a contestar a un orador tan ilustre como el Sr. Jove y Havia, estando completamente desarmado, porque al día sabía que se discutiera hoy su enmienda.

Trátase de que vengan a discutir aquí todos los hombres eminentes de los distintos partidos políticos, de que cada uno exponga sus ideas y sus tendencias; y cuando de esto se trata, claro es que una enmienda es un pretexto para exponer una doctrina científico-política, y esto es lo que ha hecho el Sr. Jove y Havia.

Difícil tarea es para mí poderle seguir paso a paso en todos sus argumentos. Sin embargo, fuerza es que por cortesía a S. S. y en cumplimiento de mi deber, intente seguirle, siquiera sea de lejos, en ese camino.

El Sr. Jove y Havia ha presentado una enmienda que se refiere a casi todos los puntos consignados en el mensaje. Su enmienda ha enarbolado hoy la bandera del partido moderado, y sin duda contra su voluntad, por lo que también al ilustrado Sr. Comas, y retro la enmienda.

El señor ministro de ESTADO: El gobierno ha creído el primer párrafo de la enmienda de S. S., la cual es más grave que la del Sr. Garrido. El Sr. Jove y Havia viene a decirnos que estamos aquí contra el derecho; S. S. viene a decirnos que la revolución no tiene ningún fundamento legítimo de existencia; el Sr. Jove y Havia trata de sustituir el primer párrafo de la contestación al discurso de la Corona con el que voy a leer. (Leyó.)

Habla, señores, el Sr. Jove y Havia de bases seculares de la monarquía, y no bastándole esta frase en su enmienda, ha dicho hoy aquí que venía a defender la monarquía tradicional. Es decir, que S. S. es tradicionalista, y a mi entender, cuando se trata de establecer el verdadero y el genuino consorcio entre el trono y el pueblo, no es el Sr. Jove y Havia quien debe venir a defenderle. La anterior dinastía, señores, no descansaba en estas bases seculares que nos cita S. S.; tenía sí una legitimidad, pero era la que le había dado el partido liberal en los campos de batalla. El partido moderado tenía, pues, al empezar a reinar la dinastía actual una misión que cumplir, la de armonizar la antigua monarquía tradicional con la nueva monarquía, fundada en consorcio entre el trono y el pueblo, y en este sentido hubiera querido yo dar colocación a este partido. El divorcio que se había establecido durante el último reinado fué el que dio lugar a la legítima revolución de Septiembre: ésta ha sido la que ha creado realmente el consorcio que S. S. teme que no exista, y por consiguiente, nosotros no podemos aceptar su enmienda, fundada en el temor de que no exista una cosa que ha nacido desde hace poco tiempo, pero que existe como no ha existido jamás.

Es verdad que el Sr. Jove y Havia distingue luego varias legitimidades, y que S. S., a decir verdad, ha venido a reconocer la existente, puesto que dice que si la España quisiera la república, él se haría republicano; es decir, que S. S. ha reconocido explícitamente la soberanía de la nación, base de la monarquía popular que hoy felizmente nos rige.

Respecto a la segunda parte de la enmienda, queda contestada con decir que la comisión sabe perfectamente que nuestras relaciones son amistosas con todas las potencias, y que cree inconveniente tratar de estas cuestiones en esta Cámara y en estos momentos.

La tercera parte de la enmienda dice: (Leyó.) Yo esperaba con motivo de esta parte de la enmienda otro discurso; yo creía que el Sr. Jove y Havia reproduciría aquí el memorial de agravios a la Iglesia que se viene echando siempre en cara al partido liberal. S. S. no lo ha hecho, y creo que ha hecho bien; lo único a que se he referido es al proyecto de presupuesto del clero; y como este proyecto ha de tener una discusión especial en su día, no hay necesidad de que yo me ocupe de él ahora.

Debo decir únicamente que no hay razón alguna para suponer, como se hace con tanta frecuencia, que los partidos liberales son contrarios a la religión de Jesucristo. No; yo que pertenecí a esa religión, me glorio de ser liberal, y deseo ardientemente, como dicen el discurso de la corona y el mensaje, que se renueven las relaciones con la Santa Sede; pero no las antiguas relaciones, sino las que deben existir después de la revolución de Septiembre, después de las conquistas que hemos hecho, y sin que para restablecer esas relaciones tenga que abdicar España ni una sola de las libertades que ha conquistado. En esta forma nosotros tenemos vivísimo deseo de estar en paz con el clero católico.

En el párrafo relativo a la cuestión de Hacienda, toca al Sr. Jove una porción de cuestiones, acerca de las cuales la comisión no tiene nada que decir, porque solo se refieren a proyectos de ley; el gobierno contestará a S. S. respecto a todos esos proyectos; como solo son proyectos, nosotros debemos limitarnos a decir que los vemos con agrado, y que los examinaremos con detenimiento cuando llegue el momento oportuno.

Su señoría se ha ocupado también de otras dos cuestiones; la de la división de los bienes de los pueblos en propios y comunes, y la del estado actual de la propiedad. Respecto a la primera, S. S. debe tener presente que nace de una ley y no de un proyecto, y que esa ley se está interpretando en el sentido que S. S. desea por los altos tribunales; y respecto a la segunda, es una cuestión que ha de venir y que debemos dejar íntegra para cuando la Cámara tenga que ocuparse de ella. Yo tendré entonces, si me es posible, un gran placer en discutir con S. S.

El Sr. Jove y Havia desearía que se callara alguna cosa, como, por ejemplo, lo relativo al Jurado, porque S. S. encuentra esa institución desacreditada ya en todos los pueblos cultos, y dice que no comprende cómo han de aplicar el derecho los que no le conocen. Tenga en cuenta el Sr. Jove que el Jurado no va a aplicar el derecho; y cuando ese proyecto se presente, yo me prometí poder demostrar a S. S. las ventajas de una institución que es una de las que han dado más importancia a la liberal ilustrada Inglaterra.

En vista de estas consideraciones, la comisión no puede admitir la enmienda, y yo debo manifestar así al Congreso, pidiéndole al par que me dispense por el tiempo que le he molestado con mis pobres y desaliñadas frases.

El Sr. JOVE Y HAVIA: Tengo que rectificar, en primer lugar, la opinión del Sr. Comas, es de decir que no debiera yo haber tocado algunas de las cuestiones de que me he ocupado en mi discurso. Precisamente por eso era por lo que yo manifestaba mi sentimiento de que esas cuestiones se hubieran incluido en el mensaje, porque creía que no debía tocarlas; unas por referirse a un asunto que yo no podía dar; otras por ser de escasa importancia para tratarse en un documento de esta índole.

S. S. me acusa de carlista porque defiendo la monarquía tradicional. No, Sr. Comas: la tradición no está representada por el carlismo ni por la persona que aquí esto se anuncia, que solo podía venir al trono según la legislación después de otras, ni por el principio absolutista, que al parecer defiende, porque el absolutismo no ha sido nunca tradición en España, es este clásico país del estado llano.

Dice el Sr. Comas que yo he hecho el memorial de agravios que la religión católica había recibido del partido liberal; pero ¿qué necesidad tenía yo de esto, cuando S. S. mismo manifiesta que no debe la nación ceder un ápice para renunciar sus relaciones con la Santa Sede? El suponer que no se puede ceder sin faltar a deberes, ¿no es un agravio? ¿Qué necesitaba yo decir para que se supiera que el art. 21 de la Constitución se había violado en perjuicio del clero? ¿Qué puede añadirse al hecho evidente de poner la religión católica, única verdadera, al nivel del mormonismo, si que se concede el mismo respeto? No, es memoria de agravios no necesitaba yo hacerle, porque está en la conciencia de todo buen católico.

Yo he escuchado con mucho gusto al Sr. Comas, que ha esquivado todas aquellas cuestiones que forman la base del partido radical; con tanto más gusto, cuanto que en la forma del discurso de S. S., y en toda su actitud política, hay un colorido con error que no puede menos de agradarme: pero como quiero que yo no he venido aquí a debatir sobre un grado mayor o menor de libertad, ni a disputar el poder; como según se desprende de las palabras del ilustrado individuo de la mayoría que acaba de hablar, no os he convencido con mis razones, y es seguro que no podría convencerlos por mucho que me empeñara en ello, os doy las gracias por vuestra benevolencia, se las doy también al ilustrado Sr. Comas, y retro la enmienda.

El señor ministro de ESTADO: El gobierno ha creído el primer párrafo de la enmienda de S. S., la cual es más grave que la del Sr. Garrido. El Sr. Jove y Havia viene a decirnos que estamos aquí contra el derecho; S. S. viene a decirnos que la revolución no tiene ningún fundamento legítimo de existencia; el Sr. Jove y Havia trata de sustituir el primer párrafo de la contestación al discurso de la Corona con el que voy a leer. (Leyó.)

Habla, señores, el Sr. Jove y Havia de bases seculares de la monarquía, y no bastándole esta frase en su enmienda, ha dicho hoy aquí que venía a defender la monarquía tradicional. Es decir, que S. S. es tradicionalista, y a mi entender, cuando se trata de establecer el verdadero y el genuino consorcio entre el trono y el pueblo, no es el Sr. Jove y Havia quien debe venir a defenderle. La anterior dinastía, señores, no descansaba en estas bases seculares que nos cita S. S.; tenía sí una legitimidad, pero era la que le había dado el partido liberal en los campos de batalla. El partido moderado tenía, pues, al empezar a reinar la dinastía actual una misión que cumplir, la de armonizar la antigua monarquía tradicional con la nueva monarquía, fundada en consorcio entre el trono y el pueblo, y en este sentido hubiera querido yo dar colocación a este partido. El divorcio que se había establecido durante el último reinado fué el que dio lugar a la legítima revolución de Septiembre: ésta ha sido la que ha creado realmente el consorcio que S. S. teme que no exista, y por consiguiente, nosotros no podemos aceptar su enmienda, fundada en el temor de que no exista una cosa que ha nacido desde hace poco tiempo, pero que existe como no ha existido jamás.

Es verdad que el Sr. Jove y Havia distingue luego varias legitimidades, y que S. S., a decir verdad, ha venido a reconocer la existente, puesto que dice que si la España quisiera la república, él se haría republicano; es decir, que S. S. ha reconocido explícitamente la soberanía de la nación, base de la monarquía popular que hoy felizmente nos rige.

Respecto a la segunda parte de la enmienda, queda contestada con decir que la comisión sabe perfectamente que nuestras relaciones son amistosas con todas las potencias, y que cree inconveniente tratar de estas cuestiones en esta Cámara y en estos momentos.

La tercera parte de la enmienda dice: (Leyó.) Yo esperaba con motivo de esta parte de la enmienda otro discurso; yo creía que el Sr. Jove y Havia reproduciría aquí el memorial de agravios a la Iglesia que se viene echando siempre en cara al partido liberal. S. S. no lo ha hecho, y creo que ha hecho bien; lo único a que se he referido es al proyecto de presupuesto del clero; y como este proyecto ha de tener una discusión especial en su día, no hay necesidad de que yo me ocupe de él ahora.

Debo decir únicamente que no hay razón alguna para suponer, como se hace con tanta frecuencia, que los partidos liberales son contrarios a la religión de Jesucristo. No; yo que pertenecí a esa religión, me glorio de ser liberal, y deseo ardientemente, como dicen el discurso de la corona y el mensaje, que se renueven las relaciones con la Santa Sede; pero no las antiguas relaciones, sino las que deben existir después de la revolución de Septiembre, después de las conquistas que hemos hecho, y sin que para restablecer esas relaciones tenga que abdicar España ni una sola de las libertades que ha conquistado. En esta forma nosotros tenemos vivísimo deseo de estar en paz con el clero católico.

En el párrafo relativo a la cuestión de Hacienda, toca al Sr. Jove una porción de cuestiones, acerca de las cuales la comisión no tiene nada que decir, porque solo se refieren a proyectos de ley; el gobierno contestará a S. S. respecto a todos esos proyectos; como solo son proyectos, nosotros debemos limitarnos a decir que los vemos con agrado, y que los examinaremos con detenimiento cuando llegue el momento oportuno.

Su señoría se ha ocupado también de otras dos cuestiones; la de la división de los bienes de los pueblos en propios y comunes, y la del estado actual de la propiedad. Respecto a la primera, S. S. debe tener presente que nace de una ley y no de un proyecto, y que esa ley se está interpretando en el sentido que S. S. desea por los altos tribunales; y respecto a la segunda, es una cuestión que ha de venir y que debemos dejar íntegra para cuando la Cámara tenga que ocuparse de ella. Yo tendré entonces, si me es posible, un gran placer en discutir con S. S.

El Sr. JOVE Y HAVIA: Tengo que rectificar, en primer lugar, la opinión del Sr. Comas, es de decir que no debiera yo haber tocado algunas de las cuestiones de que me he ocupado en mi discurso. Precisamente por eso era por lo que yo manifestaba mi sentimiento de que esas cuestiones se hubieran incluido en el mensaje, porque creía que no debía tocarlas; unas por referirse a un asunto que yo no podía dar; otras por ser de escasa importancia para tratarse en un documento de esta índole.

S. S. me acusa de carlista porque defiendo la monarquía tradicional. No, Sr. Comas: la tradición no está representada por el carlismo ni por la persona que aquí esto se anuncia, que solo podía venir al trono según la legislación después de otras, ni por el principio absolutista, que al parecer defiende, porque el absolutismo no ha sido nunca tradición en España, es este clásico país del estado llano.

Dice el Sr. Comas que yo he hecho el memorial de agravios que la religión católica había recibido del partido liberal; pero ¿qué necesidad tenía yo de esto, cuando S. S. mismo manifiesta que no debe la nación ceder un ápice para renunciar sus relaciones con la Santa Sede? El suponer que no se puede ceder sin faltar a deberes, ¿no es un agravio? ¿Qué necesitaba yo decir para que se supiera que el art. 21 de la Constitución se había violado en perjuicio del clero? ¿Qué puede añadirse al hecho evidente de poner la religión católica, única verdadera, al nivel del mormonismo, si que se concede el mismo respeto? No, es memoria de agravios no necesitaba yo hacerle, porque está en la conciencia de todo buen católico.

Yo he escuchado con mucho gusto al Sr. Comas, que ha esquivado todas aquellas cuestiones que forman la base del partido radical; con tanto más gusto, cuanto que en la forma del discurso de S. S., y en toda su actitud política, hay un colorido con error que no puede menos de agradarme: pero como quiero que yo no he venido aquí a debatir sobre un grado mayor o menor de libertad, ni a disputar el poder; como según se desprende de las palabras del ilustrado individuo de la mayoría que acaba de hablar, no os he convencido con mis razones, y es seguro que no podría convencerlos por mucho que me empeñara en ello, os doy las gracias por vuestra benevolencia, se las doy también al ilustrado Sr. Comas, y retro la enmienda.

El señor ministro de ESTADO: El gobierno ha creído el primer párrafo de la enmienda de S. S., la cual es más grave que la del Sr. Garrido. El Sr. Jove y Havia viene a decirnos que estamos aquí contra el derecho; S. S. viene a decirnos que la revolución no tiene ningún fundamento legítimo de existencia; el Sr. Jove y Havia trata de sustituir el primer párrafo de la contestación al discurso de la Corona con el que voy a leer. (Leyó.)

Habla, señores, el Sr. Jove y Havia de bases seculares de la monarquía, y no bastándole esta frase en su enmienda, ha dicho hoy aquí que venía a defender la monarquía tradicional. Es decir, que S. S. es tradicionalista, y a mi entender, cuando se trata de establecer el verdadero y el genuino consorcio entre el trono y el pueblo, no es el Sr. Jove y Havia quien debe venir a defenderle. La anterior dinastía, señores, no descansaba en estas bases seculares que nos cita S. S.; tenía sí una legitimidad, pero era la que le había dado el partido liberal en los campos de batalla. El partido moderado tenía, pues, al empezar a reinar la dinastía actual una misión que cumplir, la de armonizar la antigua monarquía tradicional con la nueva monarquía, fundada en consorcio entre el trono y el pueblo, y en este sentido hubiera querido yo dar colocación a este partido. El divorcio que se había establecido durante el último reinado fué el que dio lugar a la legítima revolución de Septiembre: ésta ha sido la que ha creado realmente el consorcio que S. S. teme que no exista, y por consiguiente, nosotros no podemos aceptar su enmienda, fundada en el temor de que no exista una cosa que ha nacido desde hace poco tiempo, pero que existe como no ha existido jamás.

Es verdad que el Sr. Jove y Havia distingue luego varias legitimidades, y que S. S., a decir verdad, ha venido a reconocer la existente, puesto que dice que si la España quisiera la república, él se haría republicano; es decir, que S. S. ha reconocido explícitamente la soberanía de la nación, base de la monarquía popular que hoy felizmente nos rige.

Respecto a la segunda parte de la enmienda, queda contestada con decir que la comisión sabe perfectamente que nuestras relaciones son amistosas con todas las potencias, y que cree inconveniente tratar de estas cuestiones en esta Cámara y en estos momentos.

La tercera parte de la enmienda dice: (Leyó.) Yo esperaba con motivo de esta parte de la enmienda otro discurso; yo creía que el Sr. Jove y Havia reproduciría aquí el memorial de agravios a la Iglesia que se viene echando siempre en cara al partido liberal. S. S. no lo ha hecho, y creo que ha hecho bien; lo único a que se he referido es al proyecto de presupuesto del clero; y como este proyecto ha de tener una discusión especial en su día, no hay necesidad de que yo me ocupe de él ahora.

Debo decir únicamente que no hay razón alguna para suponer, como se hace con tanta frecuencia, que los partidos liberales son contrarios a la religión de Jesucristo. No; yo que pertenecí a esa religión, me glorio de ser liberal, y deseo ardientemente, como dicen el discurso de la corona y el mensaje, que se renueven las relaciones con la Santa Sede; pero no las antiguas relaciones, sino las que deben existir después de la revolución de Septiembre, después de las conquistas que hemos hecho, y sin que para restablecer esas relaciones tenga que abdicar España ni una sola de las libertades que ha conquistado. En esta forma nosotros tenemos vivísimo deseo de estar en paz con el clero católico.

En el párrafo relativo a la cuestión de Hacienda, toca al Sr. Jove una porción de cuestiones, acerca de las cuales la comisión no tiene nada que decir, porque solo se refieren a proyectos de ley; el gobierno contestará a S. S. respecto a todos esos proyectos; como solo son proyectos, nosotros debemos limitarnos a decir que los vemos con agrado, y que los examinaremos con detenimiento cuando llegue el momento oportuno.

Su señoría se ha ocupado también de otras dos cuestiones; la de la división de los bienes de los pueblos en propios y comunes, y la del estado actual de la propiedad. Respecto a la primera, S. S. debe tener presente que nace de una ley y no de un proyecto, y que esa ley se está interpretando en el sentido que S. S. desea por los altos tribunales; y respecto a la segunda, es una cuestión que ha de venir y que debemos dejar íntegra para cuando la Cámara tenga que ocuparse de ella. Yo tendré entonces, si me es posible, un gran placer en discutir con S. S.

do, señores, que no debía intervenir a cada momento en este debate. Llegó a oírse en que lo haga, cumpliendo con su deber, y cuando lo haga se ocupará de las importantes manifestaciones que ha hecho hoy el señor Jove y Havia, a quien debo hoy dirigir estas palabras, solo por cortesía, y para que no pueda atribuir la falta de contestación inmediata, a que el gobierno desdeñe o rehuya el debate con S. S.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Pasaron y Lastra): Estando próximas a terminar las horas de reglamento, se suspende esta discusión.

El Congreso quedó enterado de que el Sr. Martínez Barcia no podía asistir a la sesión por hallarse enfermo, y de que el Sr. Pascual y Casas, elegidos diputado por los distritos de Solsona y de Arenys de Mar, optaba por este último.

Pasó a la comisión que entiende en el proyecto por el cual se llama al servicio de las armas 40.000 hombres, una enmienda del Sr. Olave; y a la comisión de presupuestos una exposición del apoderado del infante de Portugal, D. Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, presentada por el Sr. Salaverría, y en la que pide se repongan en el presupuesto dos cargas de justicia que se han suprimido.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Pasaron y Lastra): Orden del día para mañana: La discusión pendiente. Se levanta la sesión. Eran las cinco y media.

SECCION OFICIAL.

(Gaceta del domingo.)

Por el ministerio de la Guerra se publica el siguiente extracto de los despachos telegráficos recibidos hasta la madrugada de hoy acerca del movimiento carlista.

Los partes recibidos de Cataluña en este ministerio hasta la madrugada de hoy no comunican ninguna novedad importante sobre las partidas carlistas.

En el resto de la Península hay tranquilidad.

Por decreto del ministerio de la Gobernación, fecha 4 de Octubre, se nombra, en comisión, jefe de administración civil de segunda clase, oficial de la de primeros del ministerio de la Gobernación, a D. Enrique Luque, gobernador de la provincia de Jaén.

(Gaceta de ayer.)

Por el ministerio de la Guerra se publica el siguiente extracto de los despachos telegráficos recibidos hasta la madrugada de hoy acerca del movimiento carlista.

Los partes recibidos de Cataluña en las últimas 24 horas no a tienen nada importante acerca de las partidas carlistas.

Valencia.—La partida carlista levantada en Domeño y pueblos inmediatos fue alcanzada por una columna de la Guardia civil en el sitio llamado la Mojenera de S. Marcos, término municipal de Utiel, batiéndola y dispersándola completamente, resultando muertos el cabecilla que la mandaba D. José Sánchez Tortosa, de Villamarchante, su segundo el cura titulado D. Alcubilla D. Manuel Orer, y otros tres más, cogiéndoles dos caballos, varias armas, municiones, bombas, otros efectos y papeles de importancia. En la columna de Guardia civil no ha ocurrido baja ninguna.

Burgos.—El comandante de infantería D. Pascual de la Calle alcanzó el día 4 a la facción Martín en el término de Urbión; y resistiéndose a la entrega, la batió, causándole dos muertos y dos heridos, entre ellos dicho cabecilla, y cogiéndola los trabucos, varias escopetas y otros efectos.

En el resto de la Península reina tranquilidad.

EMBROLLO titula *El Clamor Público* el artículo que dedica a describir la indescriptible situación que nos desgoberna, el enigma político indescribible planteado por los radicales, los embolsados y las mistificaciones de los políticos de pacotilla que pululan alrededor del vacilante trono de D. Amadeo, especuladores de oficio que están a ver venir, con un pie dentro de la legalidad existente, y otro en el campo de la restauración.

Tiene razón nuestro apreciable colega; al vado ó a la puente; las situaciones claras.

«Aquellos que crean, dice, que este régimen nos ha de abrir las puertas del paraíso terrenal, y cuantos se lisonjean con la idea de que si hoy día mucho que desear, puede con el tiempo perfeccionarse y proporcionarnos todo género de felicidades, deben declararse en voz alta y para siempre amadeístas democráticos. Aquellos que, por el contrario, abriguen la persuasión de que no habrá en nuestra patria ni orden, ni paz, ni verdadera libertad, mientras no triunfe la legitimidad tradicional y española, y se restaure el trono que derribaron los insurrectos de 1808, necesitan, no solo proclamarse así a la faz del mundo, sino contraer compromisos públicos y solemnes, que les impidan desviarse y desertar. Cuantos piensen que ha llegado la hora de establecer en España la república federal con todas sus naturales consecuencias, se hallan en el caso de acometer con denodo y pronto tan aventurada, y para nosotros, fanatistas empresa. Para los partidarios, en fin, del carlismo, que no desisten de sus planes, ni renuncian a sus simpatías, ha llegado el momento de que intenten un esfuerzo supremo para promover ese levantamiento general, que en tono tan procaz nos anunciaban, ó suelten las armas fratricidas, sepultándose para siempre en el olvido, en vez de hacer que corra en viles, aunque costosas escaramuzas, la sangre española, y se arruine la fortuna pública.»

Todo es preferible a lo que existe, según hoy existe; todo es preferible a ese malestar profundo que nos aqueja; a esa sorda agitación que nos mantiene en continuo sobresalto; a esas amenazas de próximas catástrofes suspensas sobre nuestras cabezas; a ese flujo y reflujo de intrigas y maquinaciones subterráneas que nos desconciertan y atentan; a esa pugna febril sin objeto determinado que gasta las fuerzas de todos los partidos y nos lleva a todos, si bien por diferentes caminos, al abismo de la deshonra y de la impotencia.»

Según el siguiente sueldo de *El Imparcial*, no es ciertamente el espíritu de la rectitud y de la justicia el que anima a la mayoría parlamentaria. En concepto de esta y del colega, lo justo era el dictamen de la comisión, la nulidad del acta de Villacarrillo; pero la mayoría ante la provocación de los conservadores se halla dispuesta a declarar diputado al Sr. Orozco, cuya acta reconoce que trae vicios de nulidad.

He aquí la lógica radical: «Los conservadores revolucionarios han podido conocer ayer el temple de la mayoría parlamentaria del Congreso, y esto debe servirles de enseñanza para lo sucesivo.

Parécianos que, satisfechos los fueros de la justicia y hasta de las más exigentes pretensiones del caído en el dictamen sobre las actas de Villacarrillo, el Sr. Sagasta y sus amigos debieron colocarse al lado de la comisión, pues no era prudente pedir a la Cámara un voto contrario a los precedentes sentados en Congresos anteriores.

El mismo Sr. Sagasta, como recordáramos ayer, sancionó con su voto hace poco más de un año el principio de que, cuando un diputado electo no puede ser admitido por incapacidad legal, antes que proclamar al

venido procede la nulidad del acta. Y, sin embargo, el Sr. Balaguer sostuvo ayer lo contrario en nombre del Sr. Sagasta, cuya admisión pedía, no contentándose con el severo y equitativo dictamen de la comisión. Esto era una evidente provocación a la mayoría, que fué contestada por esta votando contra el dictamen y al lado del Sr. Balaguer, con ánimo sin duda, de votar después la aprobación del acta y la admisión del señor Orozco.

Si los conservadores no se hubiesen mostrado intransigentes hasta el ridículo, quedaría al Sr. Sagasta la probabilidad de ser reelegido en aquel distrito: lanzados en el camino de las provocaciones, no pueden quejarse si la mayoría hace uso de su fuerza para contestarlas.

Vá picando en historia el curso enigmático de la célebre causa sobre el atentado de la calle del Arsenal.

La Prensa dedica a tan peliagudo y problemático asunto el siguiente sueldo:

«La causa del frustrado regicidio de la calle del Arsenal parece tomar el mismo giro que la que se formó con motivo del aleve asesinato del general Prim. No nos sorprende ciertamente, porque cuando la autoridad gubernativa se mezcla en los asuntos puramente judiciales, las mas de las veces los entorpece casual ó intencionalmente.

Solo en España y con los radicales en el poder podía darse el escándalo de haber cogido *in fraganti* a los criminales que atentarán contra la vida de los reyes, de haber alguno convicto y confeso, y no haber sufrido aun el castigo a que se hicieron acreedores. Somos enemigos de hacer suposiciones gratuitas; pero la conducta del gobierno en este asunto, cambiando los jueces que empezaron la sumaria y haciendo otras varias cosas, no es la mas a propósito para evitar sospechas, antes por el contrario, autoriza para preguntar: ¿Qué ocurre en la causa de regicidio? Porque no se activa? Qué obstáculos desconocidos se presentan?

Por hoy no decimos más.»

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

París 5.—El *Diario oficial* dice que cinco oficiales del ejército que tomaron parte en la manifestación republicana de Grenoble serán cambiados de regimiento sufriendo en el nuevo cuartel donde vayan destinados 60 días de arresto.

Los periódicos franceses han abierto una suscripción a favor de los albaneses y losenses emigrados.

París 5.—En la Bolsa se han cotizado: El nuevo empréstito a 87.20.

El 3 por 100 francés a 53.45

El 3 por 100 ídem a 54.30

El interior español a 20.14

El exterior ídem a 30.14

Londres 5.—A primera hora se hacia: El exterior español a 30.00.

El 3 por 100 portugués a 41.12

Constantinopla 5.—El Senado de Montenegro ha dispuesto que sean castigados los montenegrinos que atacaron a los turcos en la frontera.

París 5.—(retrasado).—El Sr. Fournier, ministro de Francia en Italia, ha asistido a un banquete en el palacio del Eliseo. En una conversación que ha tenido con el Sr. Thiers y varios diplomáticos, ha asegurado que la opinión en Italia es muy favorable a Francia.

Amberes 5.—(retrasado).—En la Bolsa se han hecho: El 3 por 100 español a 29.18.

El 3 por 10